LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EL CUENTO
"LA CUARTA ALARMA"
DE JOHN CHEEVER

AÑO 1 | Nº 4 | OCTUBRE 1999 | PRECIO $ 5







Excitación

Desamparo

Cofradía

Vergüenza

Animales

Decrepitud

Erección

Compararse

Ser natural

Desnudos

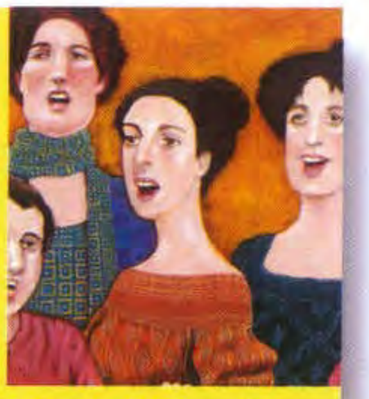
MIRAR Y EXHIBIR EL CUERPO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747
00004
9 771514 474007

Ciclo de conciertos corales

Con la música del mundo en los barrios de Buenos Aires



Martes 18 de agosto, 20:30 hs.

Parroquia del Patrocinio de San José
Ayacucho 1072

Entrada Libre



Estudio Coral de Buenos Aires
Dirección: Carlos López Puccio

Programa:

Arvo Pärt
Magnificat (1989)

Clement Jannequin
Canto de los Pájaros (ca. 1529)

Richard Strauss
Der Abend - Op. 34 Nº 1 (1897)

Henryk Mikolaj Górecki
Totus Tuus (1987)

Dos canciones folklóricas venezolanas
El Periquito
arr. Modesta Bor
Carrito de los Pájaros
arr. Rafael Suarez

Tres canciones folklóricas ingrias
Velyo Tormis
(de Inkerin Illat, 1979)

UNA INICIATIVA DE LA FUNDACION MACRI

Con el auspicio de la Comisión Arquidiocesana para la Cultura

FUNDACION MACRI

beca socma 98



El universo, su origen y evolución
en la visión de la física actual

Mesa Redonda

Profesores participantes:

Dr. Juan Maldacena
Lyman Laboratory of Phisics
Harvard University

Prof. Víctor Rodríguez
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Diego García Lambas
Observatorio Astronómico
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Osvaldo Moreschi
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Coordinación:
Dr. Reinaldo Gleiser
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Fundación Macri
y
Ecogas

Viernes 30 de abril
19hs.
Salón de Actos
Pabellón Argentina
Ciudad Universitaria U.N.C.

Entrada libre y gratuita

Xul Solar



Vías, 1925

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES
setiembre / octubre 1998

Avenida del Libertador 1473, Buenos Aires
Entrada libre
Martes a Viernes de 12:30 a 19:30; Sabados y Domingos de 9:30 a 19:30

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Presente en la comunidad,
promoviendo la educación, el arte y la cultura

EDITORIAL



Daniel Ulanovsky Sack
Director

Al natural

Espiar las salientes, las curvas y los perfiles humanos forma parte de un deseo que —supone este incipiente voyeurista— obedece a dos razones contundentes. Una está relacionada con el piel a piel de la sexualidad, con la respiración alterada que nos provoca el cuerpo que nos gusta. Antes de tocarlo, si llega el momento, deseamos saborearlo con la mirada, gozarlo con la imaginación. Verlo. La otra razón es desexuada, pero igualmente fuerte. Nos intriga el contorno desnudo de los otros porque allí se destaca todo lo que la ropa logra tapar: las identidades grabadas en la piel son indelebles. Una estría, una panza un poco más marcada que lo esperable, un pubis con un misterio distinto al soñado o unas piernas más musculosas que lo previsible nos cuentan demasiadas cosas sobre la persona que tenemos enfrente. El cuerpo grita historias que a menudo no queremos dar a conocer sobre nosotros mismos pero que —ah, perversidad— deseamos escuchar sobre los demás.

Será por eso que el desnudo también genera confianza: cuando dos personas que se quieren están frente a frente sin nada que las cubre comienza un nivel de intimidad que, más allá de lo que suceda en ese momento, marca un pequeño hito en la pareja. En ámbitos muy diferentes, el desnudo también está ligado a una cierta imagen de entrega. Pensemos en el vestuario de hombres donde se construye un ambiente de cofradía entre desconocidos por el solo hecho de aceptar la regla básica de mostrarse y verse al natural.

Sin embargo, nada hay tan común a los seres humanos como nuestros propios cuerpos. Todos tenemos —quien más, quien menos— una cola que exhibe un contorno redondeado y, según nuestro sexo, genitales que sólo pueden ser de dos maneras distintas. En ese sentido, no encontramos mucha diversidad: a ellas, en todas partes del mundo les crecen los pechos en la pubertad y a ellos se les cubre el cuerpo con bastante —o algo de— vello. Lo común en este caso también resulta misterioso, excita y genera curiosidad.

Ignoro cuánto hay de natural y cuánto de cultural en esta atracción por algo que, objetivamente, no depara mucha sorpresa. En lo personal, nunca me sentí cómodo ante la idea de la comunidad nudista donde, dicen, tanta exposición borra el lugar de eros, de pasión, de fuerza a punto de explotar que tiene el cuerpo. Siempre viví en el otro extremo, rodeado por el convencimiento de que es mejor aceptar la magia de algún velo para potenciar secretos impregnados de piel que sólo mostraremos cuando y a quienes querramos.

Así, este número de Latido invita a un turismo de aventura muy especial. No será necesario subirse a una 4x4, ni escalar montañas y, menos aún, cruzar ríos desbordados. La aventura reside esta vez en nosotros mismos, en explorar nuestros cuerpos y compartir la magia que —más allá de las razones— se genera cuando decidimos quitarnos la ropa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Marcelo Birmajer
Raquel Garzón
Alicia Steimberg
Luis Gruss
Jorge Carnevale

EDITOR FOTOGRÁFICO
Y FOTO DE TAPA
Leo Vaca

FOTOS
Leo Vaca
Adriana Delgrosso
Clara Maclean
Silvio Zuccheri

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIONES
Ignacio Carbonari

sumario

AÑO 1, NÚMERO 4, OCTUBRE 1999

LATIDO
UNA REVISTA PARA SENTIR, Y PENSAR

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Quebecor Antártica S.A.
Maipú 939, Buenos Aires
IMPRESIÓN
Antártica Quebecor S.A.
Avda. Los Pajaritos 6920
Santiago, Chile

Registro de la Propiedad
Intelectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.
"**LATIDO**. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7
(1425) Buenos Aires.
Tel. 4824-8870. Editor respon-
sable: Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

DESNUDOS: UN VIAJE POR NUESTROS ESCONDITES

Sólo en algunos lugares nos mostramos así, como somos. En el dormitorio, frente a nuestra pareja, se mezclan las miradas eróticas con otras desexuadas, casi saciadas por la costumbre. En los vestuarios convive una aceptación explícita de que el desnudo resulta indiferente con un espionaje encubierto, tácito, de cualidades ocultas. En los lugares de strip-tease se suele dar por segura una atracción que, de tan obvia, a menudo pierde su consistencia. Marcelo Birmajer recorrió mental y físicamente estos espacios y nos cuenta sus sensaciones.

Página 6

ALGUIEN LO HA DICHO

Redondeces y músculos han sido motivos clásicos de quienes alguna vez decidieron escribir. Cristóbal Colón, Neruda y Caetano Veloso, entre otros, muestran su sorpresa ante el cuerpo ajeno.

Página 24

ENIGMAS DE LA PIEL

Las represiones y los sueños de distintas culturas aparecen desmenuzados por Raquel Garzón. Sorprenden los griegos y su desprecio por la figura femenina; los romanos y su prohibición de que la prostituta use velo para no confundirla con una mujer decente. Y de allí en adelante, miles de creadores condicionados por la lujuria incontrolable de Adán y Eva, eternos castigados. La autora también posa su ojo en los fetichismos contemporáneos y en la mirada única, obsesionada por las caderas, los pechos o las piernas.

Página 26

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







LITERATURA
CINE / VIDEO

Luis Gruss comenta libros donde la atracción por encubrir y descubrir se convierte en la obsesión central. Jorge Carnevale logra una mirada similar sobre películas en las que espiar significa más que ver.

Página 38

DEL PUDOR
A LA EXCITACIÓN

La mirada irónica sobre la represión corporal invade esta nota de la escritora Alicia Steimberg. Mujer de espíritu joven pero de calles andadas, se anima a contar cómo ha cambiado su relación con el cuerpo desnudo, en especial frente a los hombres, durante las muchas etapas de su vida. Las situaciones fríamente científicas donde se deja de ser persona para convertirse en un conjunto de células a investigar —el examen médico, por ejemplo— también encuentran su lugar en este abanico de escenas cotidianas.

Página 42

CURIOSIDADES

Los graffiti como exhibición de lo encubierto, Woodstock y sus desnudos liberadores y Madonna con su pseudoprovocación son algunos de los intentos contemporáneos generados por quienes desean mostrarse naturalmente.

Página 54

CORREO

Latido trasciende las fronteras. Llega la primera carta internacional.

Página 56

EL CUENTO

La cuarta alarma
De John Cheever

Página 58

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Marcelo Birmajer** Escritor y periodista. Entre sus libros figuran "El fuego más alto" (cuentos) y la novela "El alma al diablo"

D E S N U

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FOTOS **Leo Vaca** y **Silvio Zuccheri**

FOTO DE APERTURA **Clara Maclean**

Un viaje por los escondites del cuerpo

J U D O S

La primera vez que vi a una mujer desnuda, la vi vestida. Fue así: yo tenía diez años y había llegado a La Falda con mi grupo de colonia de vacaciones. Todas las tardes, a las siete, siete y media, había que bañarse y bajar para la cena. Hubo una tarde en la que no me bañé y bajé al hall del hotel antes que todos. Esperé solo, con un muñeco de juguete que me habían regalado para el viaje, a que bajaran mis amigos y los profesores.

Sentadas en los sillones de la recepción, con shorts y con polleras, un grupo de mujeres de entre treinta y cuarenta años, conversaban y se espantaban moscas y mosquitos, cruzando y descruzando las piernas, gozando del suave color y calor cordobés.

Yo jugaba, tirado en el suelo, con mi muñeco llamado Temerario, un mercenario de plástico. Desde mi posición podía ver las piernas de una mujer que conversaba animadamente y luego se callaba como si hubiera dicho

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

algo indebido. Llevaba una pollerita corta, de tenis, blanca. Podía ver más que sus piernas. Podía ver la parte prohibida de los muslos que la pollera ocultaba. Podía, incluso, ver el comienzo de la oscuridad y la claridad transparente de su ropa íntima. Podía ver una oscuridad que –ahora al recordarlo lo sé, pero entonces ni siquiera lo intuía– era el vello púbico.

Puse el Temerario de un modo que justificaba ubicarme a mi vez contra la alfombra, cuerpo a tierra, sin dejar de entrever la posición enemiga. Rita, como la llamé con el paso del tiempo, cruzaba y descruzaba las piernas. Se reía, se reacomodaba y conversaba alegremente, con sus pausas extemporáneas. Y entonces, por una mirada involuntaria, casi una ráfaga, una suerte de guiño mudo y sin gestos visibles, descubrí que ella sabía que yo la estaba mirando. Me lo estaba regalando. Lo estaba haciendo adrede. Yo la estaba viendo desnuda.

UNA MUJER SIN ROPA NO SIEMPRE ESTÁ DESNUDA. PARA LOS HOMBRES, EN CAMBIO, OCULTAR ES MÁS DIFÍCIL

¿Pero qué es la desnudez? No es tan metafísica como para que el cuerpo nada tenga que ver, pero tampoco tan física como para que sólo tenga que ver el cuerpo como materia. Y la diferencia no la hace exclusivamente la atracción sexual.

Una anciana, desinteresada de sentir o de provocar placeres físicos, puede sentir, al ser vista desnuda, igual vergüenza que la más fresca de las jovencitas.

Los muertos que reposan en el cajón abierto, en los velorios, también están vestidos. Ni siquiera abandonar esta vida los libra de la sospecha de que hay un vínculo sagrado entre el cuerpo desnudo y la identidad humana. Y de que para preservar esa identidad, se debe preservar, a los ojos de los demás, lo más íntimo de nuestro cuerpo.

"Para mí, una mujer se desnuda varias veces", me dice Alberto, un periodista que prefiere no desnudar su identidad. "Yo te diría más: no considero desnuda a una mujer hasta que se abre de piernas. Una mujer se puede quitar la ropa, acostarse sin ropa, girar sin ropa en la cama. Pero hasta que no abre las piernas, para mí no está desnuda."

En cambio, un hombre desvestido es siempre un hombre desnudo. Los hombres somos unilaterales en nuestra desnudez: cuando nos ven por delante, sin calzoncillos, estamos desnudos. No hay más secretos ni apertura de piernas que valga. Bienvenida, esto es todo lo que tengo para ofrecerte. ¿Te quedás o te vas?

Si la decisión es quedarse, quizá la pareja se consolide y llegue a afrontar la desnudez en el matrimonio, situación que corre extraños albures. Marido y mujer pueden estar desnudos, uno junto al otro, en la cama, uno leyendo y el otro mirando la tele, sin más conciencia de su desnudez que de sus entretenimientos personales. Pueden estar desnudos, uno junto a otro, luego de una pelea, odiándose aún más por sentir la carne del otro como una afrenta, sin escapatorias; incómodo cada cual en la habitación última de todo humano vivo: su propio cuerpo.

Compartir la cama, desnudos, con alguien a quien momentáneamente odiamos, un día de calor, nos aliena de nuestros propios cuerpos. ¿Soy yo verdaderamente el que está dentro de este cuerpo, pegado a esta otra persona a la que en este preciso momento detesto? ¿Me está traicionando mi cuerpo por estar ahí? ¿Cómo hago para no dormir en esta cama, ni en este sofá, sin provocar el escándalo que significa irme a dormir a otro lado, por una trifulca, luego de diez años de matrimonio? ¿Por qué me hace esto mi cuerpo desnudo?

La desnudez matrimonial puede ser extremadamente molesta a la mañana, en el baño, en el living, en el fragor de la higiene y las urgencias. O puede ser erótica: cuando los dos mismos cuerpos se olvidan de sus utilidades y se confabulan en un prodigio. Es que la vida matrimonial –a diferencia de la de los amantes, donde todo se consuma en furor– es un recorrido por las distintas posibilidades de la desnudez.

Nada cambia

Cuando uno ve una mujer desnuda, más allá de la situación, se pregunta si el ideal estético varía con el tiempo. Sofía Loren o Ava Gardner, ¿no hubiesen sido consideradas hermosas en cualquier época? Los pechos suaves y los dientes blancos son ya considerados deseables en *El cantar de los cantares*. La idea de que existen mujeres cuya hermosura es evidente se remonta a los tiempos de Abraham, cuya esposa era de "buen ver". Y *Las mil y una noches* considera hermosas las mismas formas que Occidente venera hoy en las mujeres. Quizás existen algunas ligeras oscilaciones: ciertas obsesiones con la gordura o con la delgadez; meras modas pasajeras. Pero, ¿hubo cambios paradigmáticos en las desnudeces consideradas bellas, como los hubo en las ro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pas? Humildemente, sospecho que no.

A menudo encontramos, en revistas o libros, a mujeres célebres o adineradas, y especialmente bellas, posando desnudas. Casi siempre me resultan incitantes. Pero cuando, sin interrumpir mis fantasías, pienso en la cantidad de dinero que poseen y en su lugar de privilegio en la escala social, no puedo dejar de preguntarme: ¿por qué lo hacen? ¿Se muestran desnudas a regañadientes por más dinero o por más celebridad? ¿O acaso disfrutan y ganan dinero al mismo tiempo?

En lo que a mí respecta, uno de los motivos por los que deseo el dinero es para nunca tener que aparecer desnudo frente a nadie que no sea la mujer que yo elija. Quiero gozar de la suficiente cobertura económica como para no compartir vestuarios o habitaciones con otros hombres. Me resulta inconcebible la idea de pasarla bien en un club o playa nudistas. Y cuando veo una película en la que hay un grupo de hombres solos, me angustio especialmente en la escena de la obligada ducha conjunta. Me refiero a la necesidad de guardar mi cuerpo desnudo como un secreto personal, para mostrarlo únicamente a una persona elegida. Y no a un fotógrafo con el que me toca compartir una habitación de hotel, o al compañero del equipo de fútbol.

No se trata de una equis deformidad, a Dios gracias, ni de nada que tenga que ver con la parte física de mi cuerpo. Es más bien la sensación de que la desnudez es un secreto compartido entre nuestro cuerpo y nuestra alma. Como son un secreto la erección, la eyaculación y el placer sexual. Secretos tan lujuriosos como sagrados, tan groseros como abismales, pornográficos y divinos.

Tal vez parezca una persona desequilibrada, pero creo que es importante preservar la intimidad del cuerpo desnudo para resguardar la intimidad como persona. Para continuar siendo un misterio para mí mismo. No quiero ser ni un animal ni un objeto. Ese secreto que es el cuerpo desnudo suele revelar dramas en los vestuarios. Recuerdo un muchacho del colegio primario, camorrero y bravucón, a quien vimos por primera vez desnudo una mañana de julio luego de una exhibición intercolegial de gimnasia, en un gimnasio municipal. Tenía toda la piel del pecho quemada, sin duda a causa de un accidente, o quizás algo peor. Nadie lo había sabido hasta ese momento. Su posición en el aula cambió radicalmente: ahora era un deforme, un débil.

Aunque pasé buena parte de mi vida en colegios y clubes estatales compartiendo vestuarios y habitaciones con centenares de compañeros, nunca me hirieron especialmente las burlas respecto de mi circuncisión. La llevo con alegría. Sin embargo, recuerdo a un compañero de unos de mis pocos años de secundario judío: se negaba a bañarse luego de las prácticas de handball; y sobre fin de año supimos la razón: no estaba circuncidado. Todavía recuerdo su cara de angustia al momento de hacernos la confesión, y el estupor que sentí al descubrir que el mundo no tenía arreglo. Yo había pasado mi vida en vestuarios donde la circuncisión era un fenómeno extraño, para encontrarme finalmente en un vestuario donde un muchacho asustado sentía lo opuesto.

Los modos de secarse, las deformidades, los prepucios o no, y hasta los tamaños, son los habitantes de la imaginación en los vestuarios. Cuando, con el paso del tiempo, me entero de que tal o

En un claro del bosque,
sentado, con la camisa abierta
suavemente agito un abanico
de blancas plumas.
Me quito el sombrero
y lo cuelgo de una rama.
Desde los pinos la brisa
se desliza sobre mi cabeza
desnuda.

Li Po
POETA CHINO DE LA
DINASTÍA TANG,
701-762

Tarde de verano en el bosque

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cual compañero de aquel entonces lleva ahora una vida homosexual, no puedo dejar de preguntarme cómo se sentía entonces, entre todos esos hombres desnudos que ostentaban sus virilidades.

¿Es un continuo y torturado deseo el del muchacho homosexual en los vestuarios públicos? Los pocos escritores de temática homosexual que he leído no me han ayudado a revelar la pregunta. ¿Se sentirá en el vestuario de hombres como se sentiría un heterosexual en un vestuario de mujeres? Yo no podría impedir excitarme en un sitio poblado de mujeres de mi edad, desnudas, que se enjabonan, se secan y se tocan. ¿Cómo habrá sido la vida de aquellos muchachos que, desnudos entre la mayoría heterosexual, escuchaban los peores insultos contra los homosexuales que puedan decir muchachos desnudos, aún húmedos luego de la ducha?

Lucio me cuenta que los hombres desnudos en el vestuario no le eran indiferentes. Homosexual desde que tiene memoria, recuerda que, cuando un hombre de su club le gustaba, aguardaba verlo ir hacia el vestuario para seguirlo. Se alegraba también cuando determinado compañero terminaba de jugar al fútbol y caminaba hacia el vestuario: significaba, para Lucio, que iba a verlo desnudo. A veces se duchaba sin necesidad; otras, simplemente se quedaba sentado en los bancos de madera.

Su admiración del cuerpo de los otros era callada y disimulada. Lo suyo suena como una orgía de uno solo: su seguridad social y física dependía de que los observados nunca se enteraran.

Más allá de la temática homosexual, ¿por qué tantas personas no sienten, como yo, el pudor infantil a ver y ser vistos por otros hombres desnudos en el vestuario? ¿Cómo pueden afeitarse con tanta naturalidad, desnudos, en los lavatorios del baño del vestuario, como si estuvieran solos en su casa? ¿Por qué caminan de aquí para allá, como si fueran invisibles, exhibiendo sus anatomías? ¿Por qué se secan silbando, morosamente?

Vergüenzas

Puede ser, como afirmaba Alberto, que no podamos decir que una mujer está desnuda hasta que no separe sus piernas. Tal vez por eso en la pantalla del cine es mucho más habitual encontrar una chica sin bombacha que un hombre sin calzoncillos. Los miembros masculinos no están bien vistos en la pantalla grande. Algo hay de especialmente promiscuo, según Occidente, de mal gusto, en los genitales masculinos. Lo cierto es que productores y directores coinciden en que para arrancar los gemidos femeninos más vale mostrar el hombro o las espaldas del héroe –ahora también el trasero–, pero no hay nada de seductor en poner el asunto sobre la mesa.

Las raíces de tanto esconder pueden encontrarse en la tradición monoteísta, especialmente severa con la exhibición de las desnudeces masculinas. Dios consideró un acto gravísimo

¿ES UN CONTINUO Y TORTURADO DESEO EL DEL MUCHACHO HOMOSEXUAL EN LO ¿SE SENTIRÁ COMO EL HETEROSEXUAL EN UN VESTUARIO DE MUJERES?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS VESTUARIOS PUBLICOS?



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Filósofos de la ropa

Para los aristotélicos, la ropa cubre una entidad llamada cuerpo, cuya materia es distinta del resto de las materias de la naturaleza, porque está penetrado por el alma, y el alma le da una forma. Pero entonces, ¿por qué cubrirlo? Los platónicos, en cambio, tenían razones para vestir sus togas o túnicas: consideraban al cuerpo el sepulcro del alma. El cuerpo no puede ser considerado ni bello ni bueno, sostenían los platónicos, porque el alma no le da forma sino que está prisionera dentro del cuerpo. Pensadores y hacedores de la Iglesia Católica llevaron las ideas platónicas a un extremo exasperante: el único modo de liberar el alma era martirizar el cuerpo. Lo que obsesionó a los filósofos, desde Platón hasta Sartre, pasando por Descartes, Leibniz y Spinoza, es saber si el alma y el cuerpo son uno, si el cuerpo humano es mera materia –como la cera y el pasto– que puede, por ejemplo, dividirse sin perder sus propiedades, o si es una unidad y una materia sacra por contener un alma. Lleguen a la conclusión que lleguen los filósofos, Occidente cada vez más se acerca a una idea de los derechos humanos en la que un cuerpo vivo es una persona, y las personas tienen derechos intrínsecos inviolables.

el hecho de que los hijos de Noé lo hayan visto desnudo, durante una borrachera. No hay condenas similares para aquellos que hayan visto a una mujer desnuda. El suceso de la desnudez de Noé ocurre no bien llega a tierra, luego del Diluvio. Planta una viña y en la estación propicia bebe del vino y se emborracha. Y entonces su hijo Ham, dice la Biblia, "Vio la desnudez de su padre".

Es todo lo que nos dice.

En esta frase se concentra todo el pecado o lo terrible que pueda haber hecho Ham.

Lo siguiente que sabemos es que va

LA CHUSMA FUE HONORABLE: NO MIRO EL CUERPO DE LA MUJER ADORNADO SOLO CON UNAS LARGAS TRENZAS

en busca de sus hermanos, Shem y Yefeth, y que éstos toman un manto y, caminando hacia atrás, para no ver ni por un segundo la desnudez de su padre, lo cubren. Cuando Noé despierta de su borrachera, dice la Biblia, "supo lo que había hecho con él su hijo menor".

Pero todo lo que sabemos es que lo vio desnudo. Hay distintas interpretaciones sobre esta frase de la Biblia, y no es la menos citada de ellas que el "ver" de la Biblia, en este caso, es equivalente al verbo "conocer", que también significa, en hebreo, fornicar.

Sea lo que sea lo que haya sucedido, alcanza para que Noé, con el consentimiento de Dios, maldiga a toda la descendencia de su propio hijo en beneficio de la de sus dos hermanos. Los descendientes de Ham serán los siervos de los descendientes de Shem y Yefeth.

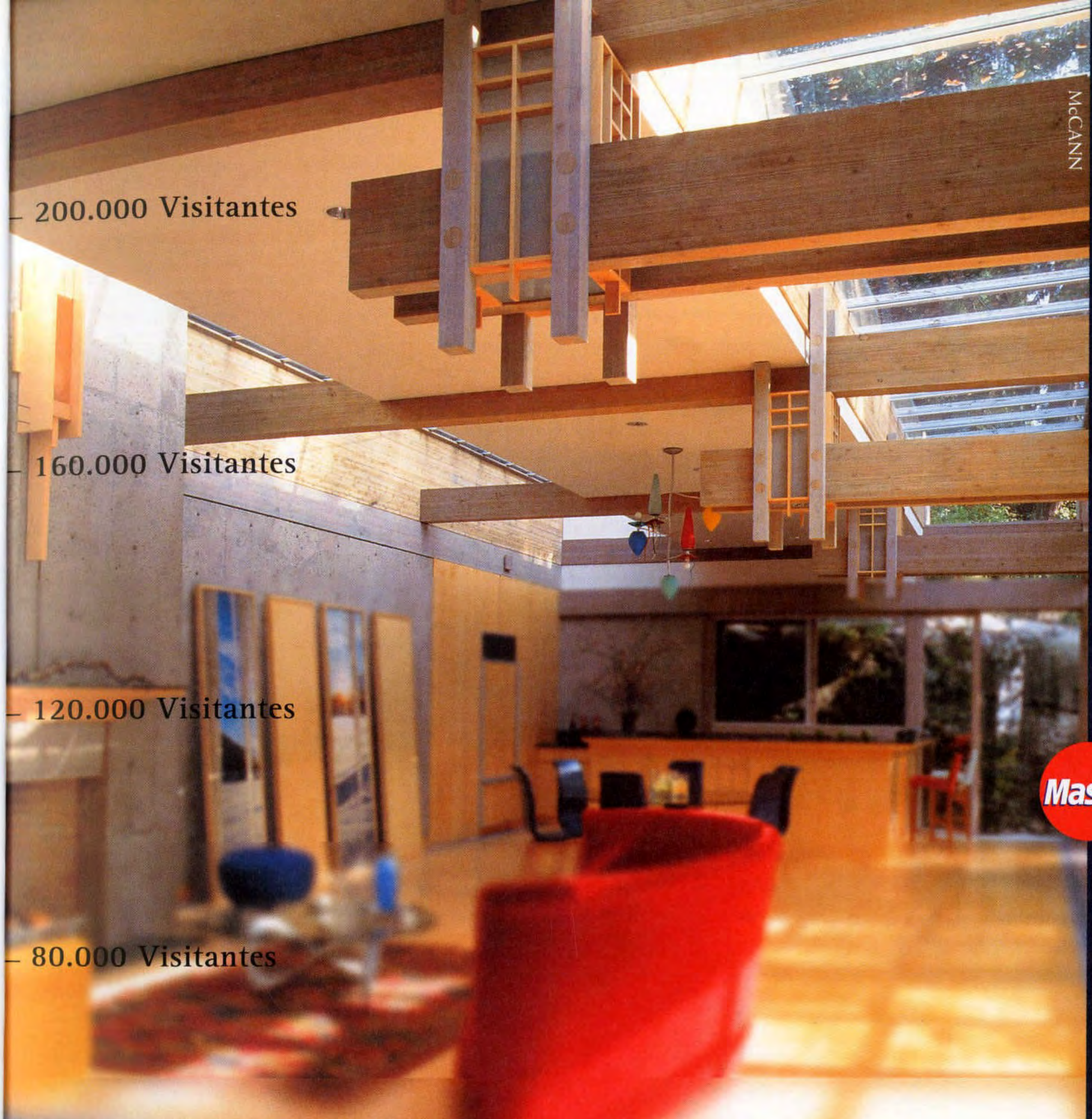
Al leer este párrafo de la Biblia se siente en toda su intensidad la vergüenza de ese muchacho viendo a su padre desnudo. Es una escena demoledora. No asoma, al menos para mí como lector, el fantasma de la lujuria incestuosa, sino el de la cruda vergüenza. Es la desnudez masculina, la desnudez del padre, en todo su poder. Habrá quienes interpreten que algo más que ver desnudo a Noé fue lo que le valió a la descendencia de Ham la maldición paterna. Pero a mí me alcanza con entender literalmente el relato. Por más que no haya estado siquiera en el propósito de Ham ver a su padre desnudo.

Un bello poema de César Vallejo, *El momento más grave de la vida*, dice, en uno de sus versos, "El momento más grave de mi vida /es el haber sorprendido de perfil a mi padre". Tal vez Vallejo descienda de la estirpe de Ham, ¿quién puede saberlo?

La historia de la inglesa lady Godiva, a diferencia de la de Noé, tiene origen cristiano y protestante. La dama cabalga desnuda, cubierta nada más que por su pelo, por el medio de un pueblo cuyos habitantes se han jurado no mirarla, como modo de solidarizarse con la mujer que ha pedido por ellos. En el año 1040, de acuerdo con la leyenda, el pueblo del condado de Coventry sufría los extremadamente duros impuestos cobrados sin piedad por su señor, lord Leofric, el danés, en orden de financiar sus batallas.

A la manera de Judith y Holofernes, la bella esposa de Leofric, la sajona lady Godiva, compadecida del sufrimiento de sus connacionales, se determina a convencer a su esposo a que reduzca los impuestos. Leofric declara airado que su esposa es una sinvergüenza por suplicar nada menos que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



MasterCard lo invita a Casa FOA.

Con su entrada estará apoyando a la Fundación Oftalmológica Argentina.

Casa FOA

Cuando visite esta exposición estará colaborando con una obra de beneficencia realmente elogiable. Así MasterCard continúa apoyando este evento solidario, para que día tras día sean más los que puedan descubrir y disfrutar todo lo que nos rodea.

Conozca las ideas y tendencias más destacadas en decoración. Siendo socio MasterCard contará con una Boletería Exclusiva.
Lo esperamos desde el 1º de octubre hasta el 7 de noviembre en el edificio B, Dique 2, Sector Este, Puerto Madero.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

www.mastercard.com.ar

por la chusma babeante. Ella responde que le demostrará cuán honorable puede ser la chusma. Los cónyuges labran una apuesta: lady Godiva cabalgará desnuda por las calles de la ciudad, "vestida con nada sino mis largas trenzas". Si la población permanece encerrada dentro de sus casas y ni siquiera la espía, se le aliviarán sus cargas impositivas.

La siguiente mañana, ella realiza su famosa cabalgata en cueros y los ciudadanos de Coventry respetuosamente permanecen en sus hogares, con puertas y ventanas cerradas, para evitarle a su benefactora la menor pizca de vergüenza. Leofric mantiene su promesa y reduce los impuestos. Desde entonces, en toda Europa lady Godiva es homenajeada en cuadros, películas y libros y continúa resultando excitante para cualquiera que la imagine cabalgar entre la montura y sus trenzas. Es que no cabe duda de que si a cualquiera de nosotros nos situaran hoy en Coventry, preferiríamos ver su desnudez y pagar los impuestos que se dedujeran de nuestra osadía.

"LAS MIL Y UNA NOCHES", AUNQUE INVOCA A ALA, NO ESQUIVA EL MISTERIO DE LAS DESNUDECES MASCULINAS

¿Alguien lograría evitar la tentación de ver una desnudez embellecida de semejante modo por la cantidad de gente que se negó a verla, por el tiempo y por la leyenda? Tampoco fue tan armónica la elegida castidad visual de los ciudadanos de Coventry: en una versión de la historia, a un pobre mendigo que se le ocurre echar un vistazo le queman los ojos. ¿Y la buena de Godiva, alguien puede creer que se sintió avergonzada, y no en cambio perversamente halagada por saber que en ese instante todos los hombres de Coventry no hacían más que pensar en sus erguidos senos y perfectas curvas, en la humedad del sudor que producía el roce de sus entremuslos desnudos contra la piel lustrosa del caballo? ¿Alguien pudo no pensar en lady Godiva desnuda luego de semejante acto de exhibicionismo, quizás el más logradamente perverso de toda la historia del nudismo?

Como fuera, durante la Segunda Guerra Mundial los nazis destruyeron sin misericordia la ciudad de Coventry –exactamente 900 años después de ese suceso, en 1940–, y ni mujeres ni niños podrían haberlos detenido, mucho menos con sus cuerpos desnudos (la ciudad fue reconstruida, luego de la guerra, con criterios modernos).

Los panteístas, en lugar de a la discreta lady Godiva, hubiesen puesto en escena a una diosa desmesurada que, al desnudarse, derrumbaba un imperio. Al Dios de Israel, invisible y austero, los griegos oponían sus deidades desnudas, con redondos pechos y poderosos genitales. El Dios de Israel no tiene forma. Los dioses griegos son formas antes que nada. Por eso la guerra de Ulises, de Héctor y de Aquiles, está signada por la estética antes que por la ética. Nadie entiende bien por qué se peleaban esos griegos, tal vez porque la guerra misma les resultaba bella. Lo cierto es que aun cuando guerrean uno no puede dejar de verlos en medibachas, como bailarines clásicos, con bultos adelante y nalgas sobresalientes, sus diosas emputecidas, siempre con los senos al aire y las



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ah[illegible].com.ar

PARI-RENAULT.

Las primeras tres

LATIDO

te las regalamos,

las que siguen

te las vendemos.

Suscribite a Latido y recibí de regalo los tres primeros ejemplares.

Un año (12 números)
Argentina ..... $ 54.-
Uruguay, Brasil, Paraguay,
Bolivia y Chile ..... $ 75.-
Resto de América ..... $ 96.-
Resto del mundo ..... $ 114.-

Formas de pago:
• Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
• Débito en mi tarjeta Visa N° .....
.....
Vencimiento .....Cód. seg. .....

Firma

Nombre: .....
Dirección completa: .....
.....
Documento: .....
Ciudad: .....
País: .....
Tel: .....
E-mail: .....

Enviá este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires.
Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.
Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:
1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.
Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar

Cupón no válido para Capital Federal.



caderas robustas.

Al Dios de Israel no le importan las formas del cuerpo. No siente interés por la belleza de un cuerpo desnudo. Y si el rey David es capaz de enviar a un hombre a la muerte para quedarse con su mujer, será severamente castigado. A diferencia de Paris, a quien los dioses lo secundaron en una entera guerra por el solo deseo de una mujer ajena.

Los cristianos introdujeron un punto intermedio entre el invisible Dios de Israel y los muy visibles dioses griegos: el cuerpo de Cristo, un Dios de formas armónicas, pero no lascivas. Un Dios manso en su acción y manso en su apariencia. Que comprende el pecado pero no lo condona. Cristo no es invisible como el Dios de los judíos ni erótico como el de los griegos: la suya es una desnudez asexual y casta. Y Dios ya no es Uno, sino Tres.

Las mil y una noches, texto que aunque no deja ni por una página de invocar a Alá es totalmente pagano, no esquiva la mención de las desnudeces masculinas: no sólo describe con lascivia las nalgas y la piel suave de los adolescentes varones en flor, sino que también sopesa, con palabras crudas y claras, los tamaños de los miembros viriles de algunos de los héroes de sus centenares de cuentos. El mozalbete y el masajista del Hammam, por ejemplo, cuentan la historia de un muchacho que concurre a un consultorio para hacerse estirar el miembro. No todo empezó, muchachos, en el siglo XX.

El sentido del cuerpo

"Si no fuera por el deseo sexual –me dice Gabriel– qué absurdo sería el cuerpo femenino. Los pechos, sobre todo: qué raros resultan." El deseo sexual, para Gabriel, funciona como el hambre: ¿quién fue el primero en atreverse a probar un langostino, una vieira, a probar la médula de una palmera? Es posible que sólo el hambre haya permitido que los hombres se atrevieran a alimentos de extrañísimas apariencias que luego terminaron convertidos en sofisticadas joyas de la gastronomía.

Según Gabriel, la lujuria, la necesidad de satisfacerla, ha hecho otro tanto con la desnudez femenina. Es la lujuria, según Gabriel, la que convierte en deseables partes del cuerpo que no son en sí mismas bellas, y no estas partes del cuerpo las que provocan la lujuria. Vale decir: cuando un hombre está excitado, los pechos de una mujer le resultan bellos; no son los pechos los que lo excitan. Primero es la excitación, y después el gusto por los senos. ¿Pero de dónde proviene, entonces, la excitación? Ese es otro tema. ¿Y por qué, cuando está excitado, le gustan determinados pechos y no unos que ve al azar? Falta la respuesta: la teoría de Gabriel no llega tan lejos ni tampoco es demasiado lógica en sí misma, como la mayoría de las teorías humanas.

EL CUERPO HUMANO DESNUDO SE TRANSFORMO EN ARTE, REPRODUCIDO EN TELAS Y PANTALLAS

La historia, además, no acompaña su posición: pintores y escultores han reproducido la desnudez femenina alcanzando cimas artísticas sin provocar necesariamente excitación sexual. El cuerpo humano desnudo se ha trans-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Nuestros cachorros

Los niños son lo único sagrado que ha logrado producir el hombre. Provengamos de los animales o hayamos sido creados directamente por Dios, lo cierto es que los niños son sagrados, y el resto de los seres no. Ver a un niño desnudo es la prueba.

La diferencia entre el Mal y el Bien es, antes que nada, nuestra actitud frente a un niño desnudo. De cómo nos comportemos frente a un niño desnudo, si lo protegeremos o no, depende que nuestros nombres sean o no inscriptos en el Libro de la Vida.

Frente a un niño desnudo uno se pregunta, ¿por qué Dios ha dejado en manos de los hombres la crianza de la más bella criatura de la creación? ¿Son los humanos adultos lo suficientemente responsables como para acompañar el crecimiento de sus cachorros? La evidente respuesta es que no. Pero si no son los hombres y las mujeres: ¿quién se encargará de la tarea? Los monos parecen ser buenos padres: Tarzán es la prueba.

Pero sospecho que hay un exceso de idealización, por parte de Burroughs, el autor de Tarzán, hacia los simios, precisamente por ser la especie más cercana a la humana. Y mi temor es que no se trate más que de ciencia ficción, pues cuanto más se nos parezcan los animales, más probable será que repitan nuestros errores y fallen en el cuidado de nuestros hijos. Los leones y tigres son siempre un peligro, y los conejos, en ocasiones, se comen a sus crías. Nos quedan los canguros: pero esos continuos saltos tal vez estén bien para sus larvas, no para nuestros bebés, siempre proclives al mareo.

De modo que la cría del cachorro humano –no hay más remedio– debe quedar en manos del humano adulto. Aunque quizás haya un dejo de esperanza: si con nuestros escasos recursos, si aun conscientes de nuestra irresponsabilidad y endeble naturaleza nos atrevemos, sin embargo, a hacernos cargo de una vida, quizá sea nuestro coraje el que emociona.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

formado en arte, en telas y pantallas, más allá de la opinión del deseo. De todos modos, ¿comparado con qué el cuerpo femenino podría resultar absurdo?

No hay una ciencia exacta de la belleza: es intuición y sensación, o no es. Tampoco la desnudez tiene un significado único, ni claro, para las personas. El desnudo, en un hombre o en una mujer, puede resaltar tanto la libertad como la opresión. Lo inevitable es que la desnudez aumente, ante el ojo humano, cualquiera de estos dos estados.

La visión de un prisionero obligadamente desnudo siempre nos revela con mayor crudeza su indefensión, el calvario que está transitando, la crueldad de sus carceleros. Un prisionero obligado a permanecer desnudo, aunque el cuerpo paradójicamente sea la más propia de las moradas de este mundo, nos habla de carceleros crueles que intentan despojarlo de su intimidad. En situaciones de opresión, la desnudez deshumaniza. No se trata del dolor, ni del frío: es la transgresión de un pudor demasiado profundo y difícil de definir.

La misma desnudez nos permite poner la libertad en sensaciones. La desnudez de un grato encuentro sexual o la desnudez posterior a ese encuentro, donde ya no hay vergüenza ni expectativa. Arrojarse desnudo a una pileta que es de nuestra exclusiva propiedad. O durante la Argentina de la dictadura, cuando la idea de libertad llegaba de Europa en forma de noticias sobre playas en las que la gente podía andar desnuda y eso, el simple encuentro con el propio cuerpo, resultaba extraño.

Los hombres nacemos desnudos. Pero podemos morir de cualquier ma-

El narrador

En paz es un relato descriptivo el que repite paso a paso el cuerpo,
una enumeración de llanuras y ocasos, de barcas y colinas,
que no tiene comienzo ni final,
lo mismo que un fragmento entresacado del texto de otra historia.
¿Pero quién permanece como un lagarto inmóvil bajo el sol?
En cuanto cunde el miedo, la penuria o la peste,
la narración se altera en esos puntos donde se quiebra el orden,
y entonces aparecen crónicas de invasiones y derrotas,
episodios oscuros donde hay fieras ocultas y algún otro es el rey
y uno es un fugitivo debajo de la piel,
tal como si habitara en el párrafo intruso de una leyenda negra.
Igual hay que perder hasta concluir sin conocer jamás el verdadero desenlace.
Pero llega el amor, su séquito de estrellas y el ala inalcanzable del deseo,
sobrepasando siempre los límites de toda separación, de todo abrazo,
y el cuerpo se hace altura, precipicio, vértigo, desvarío,
dispuesto a transgredir y a ser atajo hacia lugares en los que nunca estuvo,
él, el protagonista de una fábula única,
el que se prueba por primera vez el corazón, los ojos y las manos,
y es la respuesta exacta y el espejo donde alguien recupera el paraíso.
Aunque al final apenas permita traslucir la puñalada del destino:
así agoniza cada vez el mundo,
con un cuerpo que sobra y con una novela interrumpida.
No habrá tregua después ni siquiera en el sueño,
ni siquiera tratando de dormir sobre el costado ileso,
porque ya no lo hay -nada más que capítulos deshechos, vidrios rotos,
el inventario de la soledad, hueso por hueso-,
porque no hay aridez como la que se narra con un cuerpo que termina en sí mismo,
un cuerpo que se lee lo mismo que un adiós borroneado en la arena.
Y no hablemos ahora de temblores ni de perplejidades ni de alertas
con los que ilustra el cuerpo sus cuentos fantasmales,
episodios ambiguos donde las sombres crujen y no hay nadie
o se siente avanzar el porvenir a través de la escarcha de otro mundo,
como si no supiéramos que el cuerpo no es de aquí,
que viene de muy lejos y se va,
sin aclararnos nunca si es reverso del alma, una opaca versión de lo invisible,
una trampa superflua,
¿o un nudo, sólo un espeso nudo en la gran transparencia?
¿Y a qué modelo alude con su muerte final este intérprete ciego,
el mártir, el incauto, el que no sabe,
el que apaga las luces y cierra el escenario de este lado?

Olga Orozco

"En el revés del cielo"

Alción Editora, 1998

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aguas Argentinas

Un compromiso permanente con la vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nera: en malla, en traje, en calzoncillos o, también, desnudos. "Una vez tuve que ayudar a lavar el cuerpo, sin vida, de la madre de una amiga", me cuenta Elsa. "Era una mujer muy hermosa, y murió a los 72 años de un paro cardíaco."

Los compañeros del secundario de mi amiga siempre se habían ratoneado con esa mujer. Era la clásica "madre que está fuerte", de la que los chicos se prenden. La madre fuerte de un amigo vale doble. Vale más que cualquier vedette, que cualquier chica de póster. La señora que acaricia a tu amigo está fuerte. Eso es muy excitante. Además de ser una mujer corpulenta, con muy buenas curvas, tenía unos pechos sobresalientes. A veces las mujeres mayores lucen unas tetas grandes que no les quedan. Inadecuadas, falsas. Pero ella, Alicia, había llegado a los cincuenta años con un cuerpo envidiable. Era una mujer muy atractiva.

"Cuando mi hermano menor tenía doce años –confiesa Elsa–, Alicia tenía cuarenta y estaba bárbara. Era una cosa de ver. Y mi hermano, de doce años, me pidió:

'¿Podés entrar con Alicia a un vestuario o a un baño y decirme cómo son sus tetas?'

Yo le contesté de inmediato que no. Que no fuera cochino. Además, le podía ver los pechos tras la ropa. ¿Qué pensaba que le podía agregar una descripición hecha por otra mujer?

Pero mi hermano insistía, insistía. Y, al final, no sé si porque me ganó una apuesta o porque me pudrí (creo que por una apuesta), le dije que sí. Que iba a hacer lo posible para compartir con ella un vestuario y revelarle del modo más claro posible cómo se veían las tetas de Alicia cuando ella estaba desnuda. Pero entre tantas casualidades que la vida te permite, no me tocó nunca la de compartir con ella un vestuario. Ni una ducha. Ni siquiera una playa donde hiciera topless."

"Pasó el tiempo y mi hermano, por supuesto, olvidó su obsesión; yo olvidé mi promesa. Pero hace tres años, cuando ayudé a lavar el cuerpo sin vida de Alicia, cuando vi por fin su cuerpo desnudo, ya sin ninguna belleza, recordé mi promesa, recordé a mi hermano, recordé el hermoso cuerpo que Alicia había tenido. Hay veces en que nos alegramos cuando conseguimos algo después de un montón de tiempo, y otras veces pareciera que, después de cierto tiempo, es mejor no conseguirlo. Nunca le conté a mi hermano cómo era Alicia."

Hay otros modos de ver cuerpos. Desnudos, en vivo y por dinero. En Holanda existen unos armatostes cilíndricos, de vidrio opaco, con ranuras por las que puede entrar con facilidad una mirada humana. Adentro de la estructura, una pareja fornica. Vemos las nalgas de la mujer; y cuando giran, las nalgas del hombre. Se siente algo extraño, un ambiente de incomodidad. Como las africanas desnudas en las revistas de la Unesco, dos personas encerradas, con tantas cerraduras alrededor, tan fáciles de espiar, resultan más antropológicas que excitantes. Más de zoológico que de pornoshop.





LOS PECHOS SUAVES Y LOS DIENTES BLANCOS YA RESULTAN DESEABLES EN "EL CAN ¿HAY MUJERES CUYA HERMOSURA ES EVIDENTE EN TODA EPOCA?



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ANTE LOS CANTARES".



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En México, en el DF, una pareja fornica sobre un escenario, compartiendo su aburrimiento con los espectadores. Cualquier mujer vestida y desconocida de entre los espectadores resulta más excitante que esa pobre chica en bolas que no lograba entusiasmar ni a su partenaire: el erotismo no es sólo cuestión de cuerpo sino también de actitud. Y en Nueva York, como en la película *París-Texas*, mujeres simpáticas, como peces en el aire, nos permiten, tras un vidrio, ordenarles lo que deseemos. Abrite aquí, movete así, hacé esto y lo otro. Generalmente la gente pide cosas muy pero muy distintas de

SIETE JOVENES CATALANES SE DESVISTIERON PARA ESCENIFICAR EL HAMBRE EN SUS CUERPOS

las que le pedía Travis a Natassia Kinsky en aquella hermosa película. Peep-show, la mujer tras un vidrio y el placer de darle órdenes.

Basta con colocar la palabra "desnudez" en Internet para encontrar de inmediato un magazine electrónico cuyo postulado básico asegura que la desnudez es la expresión más pura de la libertad. Su filosofía pasa por el naturalismo: un mundo mejor a partir de que estemos todos en bolas. ¿Por qué? No lo explican claramente, pero lo creen. Su logo es un hombre desnudo formando un símbolo de paz. La revista electrónica parece un souvenir de otros tiempos, en los que la desnudez era toda una toma de posición política. Desnudez como forma de rebeldía contra el "sistema" –sea lo que sea que signifique esa abarcativa palabra–.

Y lo cierto es que en la actualidad, por ejemplo hace dos años, unos siete jóvenes catalanes se desnudaron ante el Palau de la Generalitat para protestar contra la mala distribución de unos fondos instituidos por no sé bien qué ley de ayuda a los países del Tercer Mundo.

"Siete jóvenes de la Plataforma 0,7 se desnudaron ayer frente a la Generalitat de Catalunya y escenificaron con sus cuerpos el hambre, sed, frío, desesperación y a veces ira de los países más desfavorecidos ante la pasividad de los más ricos", reseñaba el diario *La Mañana*, de Barcelona.

"Ante la mirada de cerca de 500 personas estos jóvenes y otros quince actores y actrices del grupo teatral 'La Casona' cerraron de esta manera el acto que había convocado la Plataforma catalana del 0,7 por ciento para mostrar su oposición al proyecto de Ley de Cooperación que se está estudiando en el Congreso de los Diputados. La escenificación de cerca de media hora se realizó dentro de un círculo de arena blanca en el que los saludables jóvenes europeos iban desfalleciendo y morían extenuados ante la mirada pasiva del público cuya ayuda para retirar los simulados cadáveres era requerida por otros actores vestidos de blanco que interpretaban a la ayuda humanitaria o a las llorosas ONGs."

Miro las fotos. Unas hermosas jovencitas protestando por un tema que, en gran medida, desconocen. Pero su desnudez es conocida por todos. ¿Cuántos transeúntes habrán sentido simple excitación sexual ante la "protesta" de estas chicas, de armónicas curvas y soberbios senos? Los pechos de la joven airada se bambolean (incluso en la foto), y la han tomado en una posición cuadrúpeda que sugiere de todo menos ganas de manifestar contra algo o alguien. ¿Cuánto hay de mero exhibicionismo en esta protesta por "los pobres países del Tercer Mundo"? En verdad, casi nunca la desnudez voluntaria de ciertos manifestantes nos ha hecho verlos como hombres más libres.

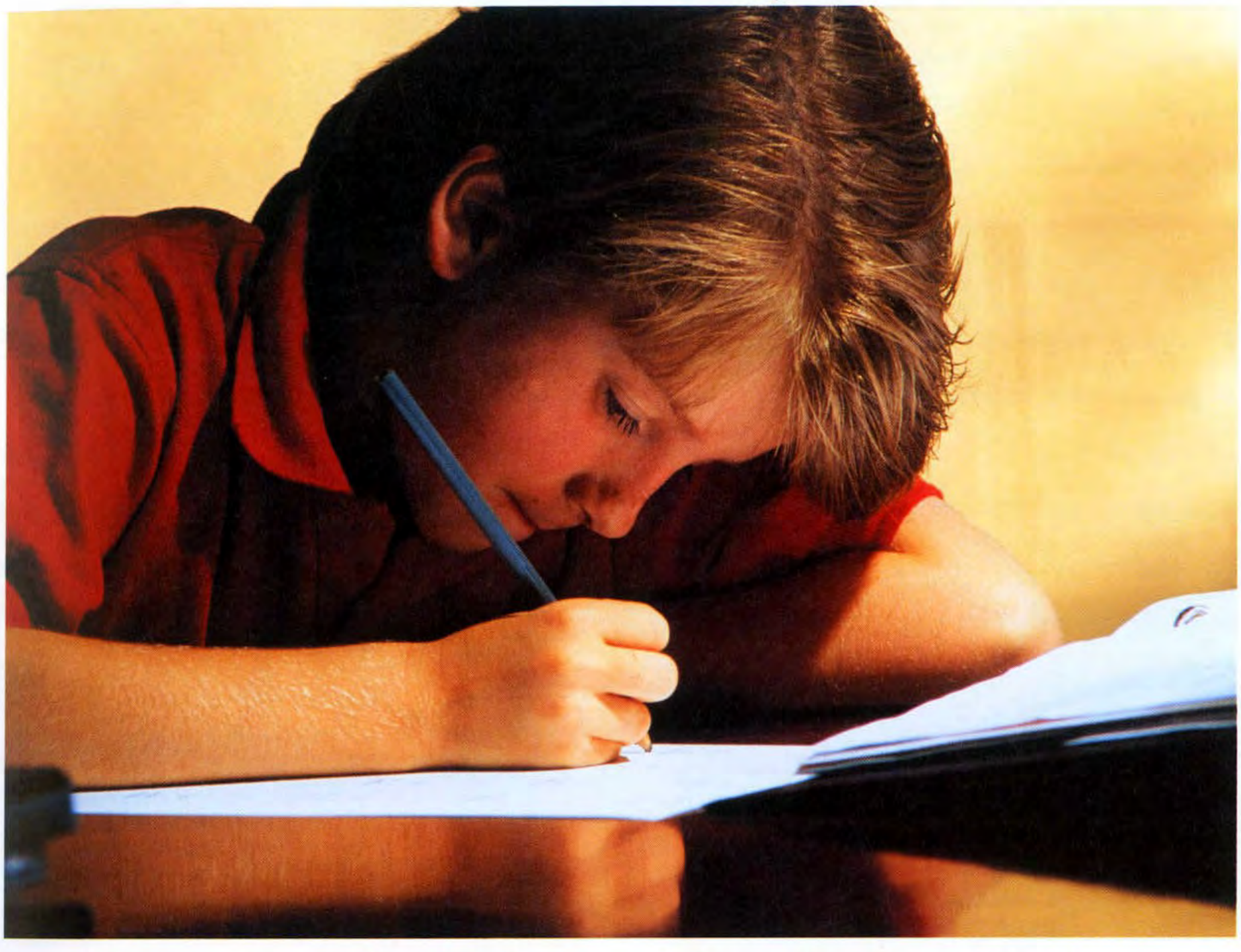
Tantas formas diferentes de abordar el desnudo parecen confirmar que el cuerpo despojado es, al menos en Occidente, un tema irresoluble, y siempre más complejo que lo que naturalistas y hippies imaginan. Debemos reconocer que la desnudez como forma de manifestar políticamente ha sido un gran fracaso: los escritores norteamericanos Bukowski, Robert Crumb y Philip Roth –todos residentes del paradójico país donde conviven los más retorcidos alejamientos y los más retorcidos acercamientos a la "naturaleza"– han narrado cómo el destino final de las chicas hippies que se ofrecían al mundo desnudas era ser violadas. En las novelas de Roth, en los cuentos de Bukowski y en las historietas de Crumb, generalmente la desnudez liberal y pública de las hippies termina mal. Lo que se ofrecía como "mancomunión" era muchas veces comprendido como sumisión o debilidad.

Esa experiencia revela una paradoja siempre presente. La desnudez puede ser la esencia misma de un hombre, su estado de gracia. Pero también significa todo lo contrario: su definitiva derrota, su ruptura como humano. La desnudez no es sólo nuestra piel sin ropa. La desnudez es, por sobre todas las cosas, nuestra conciencia de estar expuestos, vulnerables. Desnudos.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahora, usted puede garantizar la educación de sus hijos.



Seguro de Educación de La Caja.

Porque con decir que los quiere, no alcanza.

Contrate su seguro llamando al

4857-8949

LA CAJA de ahorro y seguro

La seguridad de la gente

A través de su empresa controlada Caja de Seguros de Vida S.A.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Luego vinieron gente
desnuda, desnudos todos
hombres y mujeres, como
sus madres los parió.
Este rey y todos los otros
andaban desnudos y hasta
las mujeres, sin ningún
empacho. Ellos son del
color de los canarios y están
muy bien hechos, de muy
fermosos cuerpos y muy
buenas caras. Dicen los
nuestros que las mujeres
son muy fermosas y que
se les figuró que veían esas
bellísimas dríadas o ninfas
CRISTOBAL COLÓN
salidas de las fuentes de que
DIARIO, OCTUBRE DE 1942
hablan las antiguas fábulas.

El cuerpo humano empezó a desaparecer casi al mismo tiempo en que apareció.

PAUL ABLEMAN ANATOMÍA DE LA DESNUDEZ

Yo nunca podría hablarles de
la nalga única de Estefanía, de su
nalga luminosa, su nalga-luna
delicia de los poetas mancos,
su redonda y blanca nalga como
una media esfera para adivinar
FERNANDO DEL PASO
la mitad más fría de la noche.
PALINURO DE MÉXICO

Cuando Eva mordió la
manzana se dio cuenta
Adán de que estaba desnuda,
pero Eva, sin tiempo aún
JOSÉ SARAMAGO.
para vestirse, de momento
EL AÑO DE LA MUERTE
era inocente como los
DE RICARDO REIS
lirios del campo que no
hilan ni tejen.

ella se desnuda en el paraíso

Cuerpo de mujer, blancas
PABLO NERUDA
colinas, muslos blancos,
20 POEMAS DE AMOR
te pareces al mundo
Y UNA CANCIÓN DESESPERADA
en tu actitud de entrega.

¿Quién no tiene su vestido azul?
¿Quién no se llama Carlos o cualquier cosa?
CÉSAR VALLEJO
¿Quién no habla de un asunto muy importante,
LOS HERALDOS NEGROS
muriendo de costumbre y llorando de oído?
¡Yo que tan solo he nacido!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un cuerpo desnudo es un
mensaje complejo. Cuando yo
estaba entrando en la pubertad
era nudista. Confundía mis
deseos exhibicionistas con la
ingenua idea de que la ropa
es apenas una represión
CAETANO VELOSO
innecesaria. No imaginaba
REVISTA STATUS
todavía que el hombre nunca
está desnudo.

Ella está casi desnuda.
Y los jóvenes miran
con sonrisas. Y hay
CESARE PAVESE
quien también quisiera
TRABAJAR CANSA
estar desnudo.

Las cosas tienen peso
masa volumen tamaño
tiempo forma color
posición textura duración
densidad olor valor
consistencia profundidad
contorno temperatura
función apariencia precio
ARNALDO ANTUNES
destino edad sentido.
ANTOLOGIA DA NOVA
Las cosas no tienen paz.
POESIA BRASILEIRA

Todos esos imbéciles de la
burguesía, de cuya boca sólo
salen palabras como deshonesti-
dad, honestidad en el arte y
otras sandeces por el estilo me
recuerdan a Louise Villedieu,
una putita de cinco francos
que un día me acompañó al
Louvre, en donde nunca había
estado. Cuando pasábamos
por delante
de las estatuas y los cuadros
inmortales se ponía colorada,
se tapaba el rostro y
me tiraba de la manga pre-
guntándome cómo se
CHARLES BAUDELAIRE
podían exponer en público
MI CORAZÓN AL DESCUBIERTO
semejantes obscenidades.

Cuando me siento cerca
de Dios experimento
la imperiosa necesidad de
CHARLES KINGSLEY
desnudarme, como si todo
THE WATER BABIES
lo artificial me molestara.

ísle su memoria

ALEJANDRA PIZARNIK, EL ÁRBOL DE DIANA

Al atardecer todas ellas
cuelgan sus pechos sin
madurar del ramaje de hierro
OLIVERIO GIRONDO
de los balcones, para que
VEINTE POEMAS PARA SER
sus vestidos se empurpuren
LEÍDOS EN EL TRANVÍA
al sentirlas desnudas.

Los senos están
separados por un maravilloso valle.

AL-SAYED HUSSEIN NUEVO KAMASUTRA ÁRABE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"Hacer un rito, una ceremonia, ataviar, enmascarar, mutilar, dibujar, torturar —para seducir: seducir a los dioses, seducir a es

POR **Raquel Garzón** Poeta y periodista. Su último libro es "Poemas grises"



Perversa. Así definen la ropa los hombres que viven en Pongo, al oeste de Africa. Ellos saben que los trapos, al tapar, excitan la curiosidad de tal modo que desnudar y desnudarse se convierten en la Meca del deseo. Por eso viven desnudos, sin permitir a sus mujeres cubrirse. De hacerlo —aseguran— serían más bellas y seductoras para los hombres de los pueblos vecinos y resultaría difícil conservar la armonía de la región. Allí, la desnudez es una muestra de civilización y la ropa un gesto de desfachatada barbarie, que atrae y desordena. El cuerpo desnudo es la norma, lo natural, lo dado. Vestirse, en cambio, viola los códigos del grupo, desafía prohibiciones y convierte la ropa en un agregado artificial: gesto de coquetería innecesaria, ocultamiento incomprensible, que trae más problemas que soluciones. Chau ropa, entonces.

Aunque la actitud de los pongo nos asombre, no se diferencia de la forma en la que vivían Adán y Eva antes de ser desalojados del Paraíso. En *Diario de Adán y Eva*, el escritor estadounidense Mark Twain cuenta, por boca del primer hombre de todos los tiempos, su versión del momento en el que la primera pareja humana tomó conciencia de su desnudez: "Eva llegó envuelta en ramas y en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



GESTOS PRIVADOS

GOZAR Y PADECER LO ÍNTIMO SEGÚN LAS DISTINTAS CULTURAS

a espíreducir a los muertos—. El cuerpo es el primer gran soporte de esta gigantesca empresa de seducción." Jean Baudrillard

hojas. Le pregunté para qué eran esas tonterías: se las quité y las tiré. Se sonrojó temblorosa. Yo nunca antes había visto a una persona temblar y sonrojarse. Me pareció que no le lucía y la hacía ver como una idiota". Su compañero de fórmula, libre aún de la tentación y de la vergüenza posterior, no tardaría sin embargo en salir corriendo a conseguirse un sastre: "Dijo que muy pronto sabría por mí mismo cómo se sentía uno. Tenía razón. Hambriento como estaba, coloqué la manzana a medio comer a un lado y también me puse las ramas que ella había descartado". Para terminar la anécdota, Twain hace que Adán intime a Eva a cubrirse de nuevo y dejar de hacer el ridículo.

Este fragmento de un libro escrito en el siglo XIX, que reinterpreta la noción bíblica de la creación del mundo muestra que, pese a tantas revoluciones y liberaciones, la desnudez –transparente por definición– sigue cargada de perturbadores significados. Y que existen, aún hoy, imágenes ante las cuales el mundo corre a santiguarse. ¿Cómo explicar si no, que en esta era, tras veinte siglos de arte –en los que el cuerpo fue intuido, mostrado, violentado, deseado y exaltado en cuanta pose, material y escenario sea uno capaz de imaginar–, la imagen de Demi Moore embarazada y desnuda en la tapa de la revista *Vanity Fair* causara un revuelo internacional en 1991? ¿O cómo entender, sin asumir el miedo a la piel, que en la Argentina de comienzos de los 90 un señor que caminaba por Callao y Las Heras se sintiera ofendido y radicara ante la comisaría número 17 de Capital Federal una denuncia por "exhibiciones obscenas e inmoralidad en la vía pública" contra la fotógrafa Annemarie Heinrich? La supuesta obscenidad de Heinrich consistía en exhibir en la vidriera de su estudio un desnudo de Tilda Thamar, tomado en 1949, en el que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las formas del cuerpo de la actriz y las sombras artísticamente dosificadas por la fotógrafa juegan el juego preferido de la belleza: mostrar sin descubrir, revelar y ocultar al mismo tiempo, apelar a un claroscuro en el que los ojos son cómplices de la imaginación. Para conmover. Para seducir.

Las primeras huellas expresivas de la humanidad dan cuenta de la desnudez: el hombre prehistórico cubrió las paredes de su caverna con pinturas rupestres en las que compiten mujeres desnudas y escenas de caza. Muchos pueblos usaron incluso reproducciones de los órganos sexuales como amuletos que los guerreros se colgaban al cuello, o bien como talismanes o símbolos ornamentales, hechos en piedra, cuero o madera, coloreados en ocasiones con tinturas naturales logradas a partir de mezclar tierra y jugos vegetales. El sexo se veía como algo mágico, poderoso, vinculado con las fuerzas de la naturaleza. El silencio de la carne, posterior en el tiempo y en el arte, es un aporte claramente occidental, ligado en gran parte a la difusión de las religiones monoteístas y su moral pudorosa.

Pero hasta que eso suceda, el mundo se desnuda desprejuiciadamente. Las mujeres persas, asirias, africanas y polinesias simbolizan su desnudez con signos característicos, consistentes, por lo general, en un triángulo hendido provisto de vello. Pequeñas estatuas funerarias egipcias, hechas de mármol y bronce, cuya antigüedad se ubica entre los años 1991 y 1786 antes de Cristo, reflejan esta práctica. Durante mucho tiempo los investigadores pensaron que estas mujercitas desnudas de no más de 12 centímetros de altura eran usadas como muñecas. Hoy, sin embargo, se les asigna dos nuevos significados, más acordes con su ubicación en tumbas: pueden haber representado a las concubinas del muerto o bien haberse utilizado como figuras eróticas, colocadas allí para animar la decrecida virilidad del finadito en la otra vida, en el marco de una cosmovisión que, al parecer, no renunciaba a la carnalidad más allá de la muerte.

El delicado arte de la China –y más tarde, también el japonés– desarrolla en grabados el tema del cuerpo femenino usando todos los tonos: de la adoración contemplativa a la ironía. Los hindúes, incluso, van más allá: idealizan el desnudo. Figurillas de bronce representan a reinas y personajes religiosos (Parvati, consorte del dios Shiva, por ejemplo) con caderas suculentas, actitudes insinuantes y pechos al descubierto. Toda la religión de la India antigua funciona como una máquina para preservar la vida, y la fertilidad adquiere el status de principio canónico y seguro del bienestar colectivo. Por eso es importante expresarla, afirmarla y enseñarla. Se cree que hacer el amor en la cercanía de un templo favorece la concepción y que, por ello, toda mujer debe hacerlo por lo menos una vez en su vida. De acuerdo con estas creencias, transmitidas de generación en generación, ya en nuestra era y durante casi cinco siglos –del año 900 al 1400, aproximadamente–, se construyen en la India templos ornamentados con esculturas y frisos de alto voltaje erótico. Mujeres y varones se representan desnudos y con naturalidad; sobresalen las curvas femeninas y se multiplican las representaciones de sexualidad explícita, que incluyen imágenes de sexo oral y anal, de a dos o más personas. Aun hoy, estos edificios (el templo de Surya en Konarak, por ejemplo) dejan sin aire a más de un turista occidental que cruzó montañas y mares ilusionado con el atractivo adicional de poder ver imágenes capaces de ponerles algo de color a sus mejillas.

Los hombres de la Grecia clásica fijaron en la armonía del cuerpo su ideal de la nobleza del alma. El desnudo masculino tuvo devotos insobornables, testimoniados en las numerosas esculturas de efebos infartantes que ocupan salas y salas en los museos europeos. En Munich, el Glipthotek Museum, la primera institución europea dedicada exclusivamente al estudio de la cultura grecorromana, guarda un tesoro: la estatua en tamaño natural de un fauno dormido y desnudo, que vale todos los suspiros que provoca y ante el cual quien escribe confiesa que fantaseó con recrear una versión paralela a la de la bella durmiente del cuento. En esa versión, el besado sería el fauno, la del beso, esta periodista, y el happy end del des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



AUGUSTE RODIN, SU ESTATUA DE BRONCE Y (ABAJO) SU MODELO





UN CENTAURO EN PIEDRA, DE LA CULTURA ETRUSCA

pertar sería subtitulado en griego, alemán y español. Fantasías de este tipo no hubieran cuajado en aquella Grecia, donde la mujer y su desnudez se relegaron a segundo plano. Para los griegos, la muerte era "carente de sentido y oscura como una mujer" y había que huir de esa oscuridad, escapar de la caverna y de su mundo sombrío. Para ese agujero mortal Grecia acuñó la palabra "averno", que los críticos de arte Angélika Muthesius y Gilles Néret asocian directamente con la sexualidad femenina, asimilándola a la vagina: el averno que se encuentra en el eje del cuerpo de toda mujer. Entrar allí "equivale a volver a la noche prenatal, a morir", sostienen, al tratar de explicar los móviles estéticos de una civilización que asoció belleza con masculinidad.

Fuera del arte griego y del resurgimiento que los motivos clásicos tendrán durante el Renacimiento, en los que la representación del desnudo masculino se desarrolla profusamente, será la mujer desnuda el tema que los artistas de todos los tiempos convoquen como un hechizo recurrente. Una imagen que fascina por lo ambigua e ilimitada: envase y misterio polivalentes, que pueden encerrar tanto a una virgen como a una femme fatale, a una puta o a una diosa, a todas ellas o a ninguna. La misma fascinación con la que, en una escena antológica de *La Dolce Vita*, la película de Federico Fellini, Marcelo Mastroianni susurra "Tu sei tutto" (Tú eres todo) al oído de una monumental Anita Ekberg, mientras la desnuda con la mirada. "La madre, la hermana, la amante, la primera mujer del primer día de la Creación..."
Ya no es Eva, pero sigue tentando. Pagana o cristiana, Roma supo exigir la virginidad de sus mujeres. En la Antigüedad, honraba el pudor y reservaba el cuerpo y la desnudez a los ámbitos de intimidad regulados por la fórmula jurídica del matrimonio y su finalidad: la procreación. Se penaba el adulterio femenino (causal de divorcio y repudio de la mujer, que debe abandonar sin derecho alguno la casa del marido) porque introducía el riesgo de transmitir la propiedad y el culto doméstico a un hijo de otro padre. "Si quieres saborear un placer prohibido y, por así decir, defendido como plaza fuerte –que es justamente lo que te hace perder la cabeza–, mil obstáculos se levantan ante ti: guardias, literas, peinados, parásitos, túnica que cae hasta los talones, grandes capas que todos lo ocultan", escribía el poeta Horacio (68-8 a.C.) al final de su vida, en una época que conoció, a la vez, el período de mayor libertad de costumbres en Roma y las rigurosas leyes de Augusto.

Al igual que en el Oriente griego, las costumbres romanas imponían a la mujer vivir velada: de la mujer honrada "sólo se ve el rostro", afirma Horacio, como San Pablo y casi como el escritor francés Jules Barbey D'Aurevilly diecinueve siglos más tarde, al pasarse a las filas del catolicismo tradicionalista. Cuando ocasionalmente salen, las mujeres romanas deben cubrir su cabeza con un velo o manto pa-

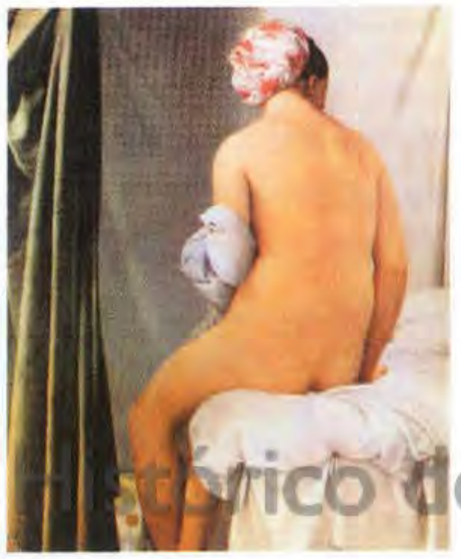
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Un dibujo de Miguel Angel



Francisco Goya le pintó vello a su Maja desnuda



La bañista de Valpinçon, de Ingres

ra evitar atraer miradas. Esto indica a los hombres que no pueden acercarse a ellas porque las protege la ley. Las prostitutas, en cambio, tienen prohibido el manto de las matronas y así, descubiertas, dejan en claro que son accesibles a los deseos masculinos. Bajo la República esta tradición se agudiza y los hombres pueden divorciarse de sus mujeres si salen con la cabeza descubierta. La llegada del cristianismo democratizará la máscara: todas las mujeres, sin distinción entre casadas y solteras, humildes o adineradas, deberán cubrirse al salir, como signo de sujeción pero también de honor, de reserva sexual y, por ende, de autodominio.

Otras épocas prefirieron concentrarse en la sutileza de la mirada. El arte del Medioevo trabajó la expresión de los ojos y le reservó a la representación del resto del cuerpo el lugar de una presencia-ausencia marcada apenas por una línea leve en el ropaje de las figuras sagradas. El desnudo desapareció de ese modo –y por varios siglos– de la escena general. Sólo se lo vio en las representaciones del Juicio Final y del infierno para mostrar al hombre atormentado por sus propios pecados, marcando una ruptura con las creencias colectivas regidas por férreos principios religiosos. En la vida cotidiana de la Edad Media el desnudo femenino se liga a la afirmación del poder viril: desnuda, dormida, inactiva, la mujer despierta el deseo del hombre. "Así como la monja se ha separado de su cuerpo para dedicarlo a la reclusión y a la disciplina monásticas, la mujer laica, a pesar de vestirse y adornarse con cuidado, no es ya dueña de su cuerpo", se lee en *Historia de las mujeres*, la colección dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot que revela el espacio asignado a lo femenino en Occidente a través del tiempo. Ese cuerpo del que ha sido despojada pertenece a la familia, que lo exhibe como símbolo de status, y, sobre todo, al marido, para el cual debe permanecer íntegro, deseable y eficiente.

Pero hay otra Edad Media que se relaciona con esa India de la que ya hablamos. En el mismo mundo y en el mismo período histórico (siglo XIII), mientras Tomás de Aquino reflexionaba sobre la homogeneidad fundamental del alma y de la materia y Roger Bacon proclamaba la importancia de conocer la naturaleza de la experimentación, en la costa oeste de la India actual el rey Narasimha I (1238-1264) festejaba su victoria militar sobre los yavanas musulmanes mandando a construir un espléndido palacio ornamentado con desnudos y escenas en las que hombres y mujeres corrientes disfrutan su carnalidad y retozan sin inhibiciones sexuales. El cuerpo era el mismo, pero diferente la forma de mirarlo. Oriente muestra y ve; Occidente niega, tapa, divide cuerpo de alma y logra, mal que le pese, que el sexo que oculta se vea más.

Quizá por eso Bernard Arcand, antropólogo y estudioso de la obscenidad, sitúa el nacimiento de la pornografía en el Renacimiento. No porque en esa época se hayan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Escuchamos ideas para que dejen de ser ideas.

Para que se puedan concretar sus proyectos y sus sueños.

En su vida familiar, profesional o empresaria.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BANCO
CREDICOOP
COOPERATIVO LIMITADO

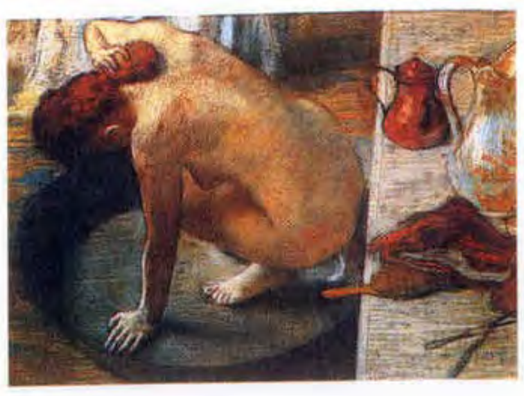
La Banca Solidaria.

inventado nuevas formas de hacer el amor o porque las obras del género –las escritas por el poeta veneciano Pietro Bacci, llamado el Aretino, de tono satírico y sonrojante, que hacían las delicias del libertino ambiente de las cortes renacentistas, por ejemplo– hayan renovado las fórmulas empleadas hasta entonces. Hay, sí, una mayor osadía en la lengua y en las expresiones utilizadas, que rozan la procacidad. Y las descripciones corporales se vuelven más precisas. Pero los temas desarrollados siguen siendo los que habían tratado ya Bocaccio y otros autores medievales: el atractivo del voyeurismo, la importancia del pudor que multiplica las escenas de baño, las miradas escondidas y el fetichismo de los senos.

Lo que pasa es que el Aretino vive en una época especial. Un tiempo en el cual el mundo cambia aceleradamente y esos cambios, por primera vez, se difunden en forma masiva. La revolución renacentista, en realidad, se llama imprenta. Fue el invento de Gutenberg –que los historiadores sitúan en Maguncia en 1436– lo que permitió que el consumo de obras eróticas ganara públicos más amplios que los de las cortes. Pero la difusión no sólo benefició a la literatura: gracias a la imprenta, toda Alemania supo en quince días quién era Martín Lutero. Sus ideas pudieron ser rápidamente diseminadas, traducidas y conocidas más allá de las fronteras, comenzaron a aparecer los primeros jalones de una separación entre Iglesia y Estado y llegó la Reforma religiosa. Sin



Las tres etapas de la vida, de Gustav Klimt





Dos cuadros en los que Degas refleja intimidad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



imprenta, Lutero y sus disidencias probablemente hubiesen terminado en alguna hoguera y el Aretino hubiera sido tomado por el obsesivo del pueblo, ese personaje que cada vez que puede cuenta historias escabrosas de acrobacias sexuales y sólo sabe chistes verdes. Con ella, en cambio, Lutero y el Aretino llegaron hasta nosotros y, aun antes del siglo XX, la desnudez de cuerpo y de ideas empezó a pelear su libertad de palabra.

En la mayor parte del pensamiento antiguo y medieval el mundo concreto aparece como algo ilusorio. Al mundo verdadero se llega sólo por la trascendencia de los cuerpos, el espacio y el tiempo, a través de la meditación filosófica o religiosa o de una existencia futura después de la muerte. La transformación moderna, iniciada en la época del Renacimiento y la Reforma, coloca estos dos mundos sobre la tierra, los sitúa en el tiempo y el espacio y reivindica a los hombres de carne y hueso. En ese contexto la metáfora de la desnudez adquiere nuevos significados. Las ropas se convierten en emblema de lo viejo e ilusorio y la desnudez pasa a significar la verdad recientemente descubierta y experimentada. Quitarse la ropa es un acto de liberación espiritual, es "hacerse real".

Algo de esto se ve ya en Shakespeare, asegura Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. En *El rey Lear*, la verdad desnuda es "lo que el hombre se ve obligado a afrontar cuando ha perdido todo lo que otros hombres pueden quitarle, excepto la vida misma". El argumento de la historia cuenta que, despojado de poder político, Lear es arrojado a la intemperie en medio de una noche tormentosa. Mientras vaga sin rumbo con su bufón encuentra a un mendigo, totalmente desnudo y aparentemente más miserable que él. "¿El hombre, no es más que eso?", se pregunta el rey destronado. Entonces, en el clímax de la obra, desgarra sus vestiduras reales: "Fuera, fuera préstamos", grita y se une "al pobre Tom", desnudo, desguarnecido. De pie y tiritando, entiende que su reino está lleno de personas que sufren de esa paupérrima condición, seres humanos en los que antes no había reparado. En el análisis de Berman, Shakespeare se vale de esta imagen para decir que la terrible realidad desnuda "del hombre desguarnecido" es el punto de partida que se necesita para poner en marcha la "guarnición" y la solidaridad en la comunidad.

En el siglo XVIII, las metáforas de la desnudez como verdad y del despojamiento como autodescubrimiento adquieren una nueva resonancia política. En sus *Cartas persas* (1721), Montesquieu utiliza la imagen del velo (chador) que llevan las mujeres persas para simbolizar las represiones que las jerarquías sociales tradicionales imponen a las personas –o a algunas de ellas–. Por el contrario, la ausencia de velos en las calles de París es tomada por ese pensador francés como símbolo de una sociedad recién nacida en la que "imperan la libertad y la igualdad" y donde, en consecuencia, todo se expresa, todo es visible y audible. Mirado desde Occidente, dos siglos después, el chador que las cubre de la cabeza a los pies, dejando visibles sólo los ojos, es interpretado todavía como una prueba de la sumisión de las mujeres islámicas, para quienes mostrarse (como salir a la calle sin compañía, participar en política y viajar solas) está penado con severos castigos.
Visto desde la ortodoxia religiosa con la que muchas de ellas acuerdan, en cambio, el velo honra mil cuatrocientos años de tradición y supone llevar a la práctica las enseñanzas del Corán, el libro sagrado del islam, que impone a las mujeres la necesidad de cubrir sus "ornamentos" para no incitar a los hombres. Para estas mujeres, el chador es una defensa contra lo que definen como "la comercialización occidental del cuerpo femenino" que las obliga a valer por su apariencia y no por lo que esconden, en el sentido más literal.
Lo cierto es que en el mundo árabe, como en el que no lo es, hay más papistas que el Papa. El Corán, en realidad, sólo alude a una "vestimenta adecuada" que cubra la cabeza. Por ende, el velo y la túnica hasta los pies no son producto de una obligación religiosa y son adoptados, en verdad, por costumbre o por imposiciones fundamentalistas de algunos grupos.

Pero la Europa de las luces ve los contornos del cuerpo desde otro ángulo. No por casualidad Jean Jacques Rousseau, aquel que pregonó la necesidad de una educa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ción libre, afirma que "el hombre bueno es un atleta a quien le gusta luchar totalmente desnudo; desprecia todos aquellos viles ornamentos que obstaculizan el uso de sus facultades". Los movimientos revolucionarios liberales de fines del siglo XVIII se guían por esta fe y para dar con el "hombre desnudo" suprimen privilegios hereditarios y roles sociales, apostando a la libertad sin trabas. Para Marx, que escribe tiempo después, esas revoluciones burguesas desgarraron los velos de las "ilusiones religiosas y políticas" y dejaron descubiertos –al desnudo– el poder, la explotación, la crueldad y la miseria. Dado todo eso, la esperanza marxista apostaba a que cuando los hombres desguarnecidos de la clase obrera fueran "forzados a considerar (...) sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas" se unirían para superar el frío amenazante. Desde esta visión, el comunismo tendría la apariencia de un vestido transparente que protege y permite, a la vez, apreciar la belleza desnuda para que quienes lo lleven puedan reconocerse y reconocer a los demás.

Fue Diego Velázquez, pintor de la corte española, quien convirtió en el siglo XVII a la mítica Venus en una mujer real. Su cuadro "Venus del espejo", que hoy se encuentra en la National Gallery de Londres, y que muestra a una mujer de espaldas, contemplándose en el espejo que sostiene un querubín, es el primer desnudo pagano de la pintura española. Es, además, todo un programa filosófico y el primer trasero que se convirtió en centro de una obra maestra. De ahí en más, el arte siguió pintándolos (y esculpiéndolos) sin sentir que luego se debía correr al confesionario. Tiempo después, Francisco Goya se animó a pintarle vello púbico a su "Maja desnuda". Hasta entonces, parece, las mujeres –las occidentales, al menos– carecían de cualquier pelo que no naciera en la cabeza. El arte contribuyó de esa forma a convertir a la diosa en la vecinita de enfrente y la representación del desnudo ganó espacio y libertad. Esto también se refleja en algunos neoclásicos como Jean-Auguste Ingres (1780-1867). Y luego, a fines del siglo XIX, los artistas impresionistas –Gustave Courbet, Pierre Auguste Renoir y Edgar Degas, entre otros– multiplicaron en sus telas las escenas de toilettes femeninas y de bañistas y el cuerpo desnudo se celebró públicamente como tema central y sin temores en carbonillas, óleos y colores pasteles. En otro registro artístico, Klimt, maestro del secesionismo, abordó el desnudo: el cuerpo despojado seguía inquietando a Europa. Egon Schiele, un torturado artista austríaco contemporáneo de Klimt, mostraba esa mirada obsesionada con fuerza. Y en la época –fines del XIX y principios del XX, pero con una diferencia estética singular– el francés Henri Matisse sumó su furia de colores a una nueva mirada de las redondeces humanas. Era un momento en que Europa bullía y eso se refleja también en el joven Pablo Picasso, que representó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Hombre desnudo (El esclavo), pintado por Matisse en 1900

su particular mirada del desnudo. En *La interpretación de los sueños*, del año 1900, Freud privilegió en la lista de sus "sueños típicos" el de avergonzamiento ante la propia desnudez: "Es lo más frecuente que la intensidad de la vergüenza experimentada sea muy superior a la que el grado de desnudez podría justificar. En los sueños de los militares queda muchas veces sustituida por un traje antirreglamentario. Sueñan haber salido sin el sable o sin gorra", apuntaba el padre del psicoanálisis, marcando cómo la percepción de la desnudez y vulnerabilidad propias se vincula más con el hecho de sentirse descubierto, en falta y en evidencia, que con la cantidad de ropa que se lleva encima. Un ejemplo claro es el del cuento infantil de Andersen *Los vestidos del rey*. El traje que ofrecen hacer para el monarca dos sastres estafadores está, supuestamente, cosido con hilos de oro y adornado con piedras preciosas, pero sólo se promete visible ante los ojos de los hombres honrados. El rey confía y termina paseándose en cueros, hasta que un chiquillo grita lo que todos ven sin animarse a decirlo en voz alta: ¡el tipo que va montado en la carroza palaciega está totalmente desnudo!



Un Renoir de 1875

En 1912 un cronista anónimo afirmaba, hablando del escultor francés Auguste Rodin, que "sus desnudos son de tal forma que quien los quisiera poner a la venta sería perseguido por incitar a la pornografía, y los perseguidores no serían otros que los organizadores de la exposición", en referencia, quizás, a la pacatería que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

envuelve ciertos actos culturales. Del otro lado, y sin que pareciera causarle demasiados cargos de conciencia el escándalo que desataba a su alrededor el realismo con que esculpía o dibujaba las formas del cuerpo, Rodin se defendía: "La gente dice que reflexiono mucho sobre las mujeres. Pero a decir verdad, ¿qué otra cosa hay más importante?" Y seguía en lo suyo: convirtiendo piedra en carne, mármol en belleza y desnudos en sinónimos de humanidad.

En materia de vida cotidiana, la rehabilitación definitiva del cuerpo llega a mediados del siglo XX. "Sentirse bien en la propia piel" se convierte en ideal de autorrealización. Para las normas sociales del período de entreguerras, el progreso del desnudo es el progreso de la indecencia, de la provocación. Para las nuevas normas, por el contrario, se trata de algo perfectamente natural. Una prueba de esta creciente forma de sentir es que la desnudez avanza tanto en lugares públicos como en el universo doméstico. En la playa, en la pileta, familias enteras comparten horas en trajes de baño minúsculos. El espejo se vuelve indispensable: "Uno no se mira en el espejo con la mirada del otro; uno se mira a sí mismo de un modo como los demás no están autorizados a hacerlo: sin maquillaje, sin vestidos, desnudo", afirma el capítulo que *La historia de la vida privada*, dirigida por Phillipe Ariès y Georges Duby, dedica a nuestro tiempo.

En otro libro, *El cuerpo, fotografías de la configuración humana*, William Ewing cuenta en textos y fotos las grandes transformaciones de este siglo: la confrontación con nuevos virus, el peligro de manipulaciones genéticas, los trasplantes biológicos y los tecnotrasplantes, sumados a los transformismos que promueven los estereotipos físicos de la sociedad de consumo y el poder político, que imponen permanentemente una revisión de la idea de cuerpo. Sobre el final del segundo milenio, afirma, todo parece converger en un cambio de configuración de lo humano y sus límites. El natural sentimiento de aceptación o rechazo que provoca la propia imagen se potencia ante la posibilidad de que la ciencia y la cirugía construyan una figura a medida. La medicina endoscópica se mete en el cuerpo, husmea y suprime la distinción entre exterior e interior. El desnudo ya no pasa sólo por la piel: hay un más allá posible, que –tecnología mediante– desnuda los humores, la lógica interna de células, membranas y desajustes hormonales y reacciones químicas, que explican desde la depresión y el insomnio hasta ese bendito desajuste general que algunos preferimos seguir llamando amor.

La estética de los 90 registra esos cambios y es radicalmente distinta de aquella que marcó la euforia hedonista de los 60 y 70, cuando todo apuntaba a liberar impulsos y el movimiento feminista ganaba terreno. La fotografía es un arte especialmente sensible a estos cambios y en las imágenes actuales campean lo ambiguo, lo artificial-teatral y la muerte. La enfermedad y el paso del tiempo se cristalizan en las fotos del hispano-neoyorquino Andrés Serrano: sus imágenes, como las del argentino Alejandro Kuropatwa, muestran la fragilidad de un cuerpo azotado por el canibalismo del sida y la impiedad de sus efectos. La ambigüedad sexual aparece en los trabajos recientes del español Humberto Rivas de un modo radicalmente diferente de aquel escultórico que concibió Robert Mapplethorpe en

Cada día

cuando alguien **crece**



cuando alguien **produce**



cuando alguien **sueña**



Edenor está

Edenor
Las cosas más claras

BORDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Acuarela de Egon Schiele



Desnudo Rosa, de Matisse



Un Picasso, de 1903

los 70, donde la carne, deliberadamente puesta en una zona gris en la que roza tanto lo sagrado como lo profanamente erótico, conmueve por la grandilocuencia del músculo trabajado como para una exhibición. Rivas, en cambio, elige para su visión de *Eva* (1990) un desnudo lánguido: la imagen frágil de una mujer joven y andrógina, de pie sobre una sábana arrugada y contra un fondo negro, que mira directamente a la cámara, como preguntándole al espectador "¿podría decirme usted dónde fueron a parar mis curvas?"

Hace siete años la historia de la pesquisa de un demente que mataba quinceañeras para hacerse un tapado con sus pieles ganó un Oscar en *El silencio de los inocentes*, de Jonathan Demme. En 1997, en otro filme –*Escrito en el cuerpo*–, Peter Greenaway vistió de tinta y letras la desnudez de los amantes de su protagonista, una joven japonesa que repetía en ellos una costumbre aprendida de su padre: escribir en el cuerpo de otro, nombrarlo sobre su propia piel para no olvidar jamás las letras ni la entrega que supone regalar todo lo que se es. Ambos argumentos involucran el desnudo en toda su visceralidad, lidiando con la muerte o con la pasión y muestran que, aun en la era de los efectos especiales y la globalización, en Oriente y Occidente sigue habiendo espacio para debatir y retratar las pesadillas o ilusiones de la piel. Porque así como en la prehistoria el hombre necesitó vestir de pinturas las paredes de su casa-caverna para conjurar la aterradora frialdad de la piedra desnuda, también hoy la ausencia de trajes lo inquieta. Porque supone "poner el cuerpo". Y poner el cuerpo es siempre más que mostrarlo: es, esencialmente, exponerlo. Hacerlo blanco fácil de llamaradas varias: pasión, violencia, enfermedad, rechazo, oprobio, mortalidad, vejez.

Desnudos somos nosotros. No hay más. Lo que se mira, se toca, se recorre y se palpa es lo que hay para amar, proteger o ignorar. Lo que llegó para morir y gozar hasta entonces. Un puro salto sin red. Por eso, desnudarse es siempre una ofrenda, un misterio, una aventura, un mazazo. El idioma inglés distingue entre "nude" (desnudo artístico) y "naked" (adjetivo que alude a "estar en pelotas"). El español, en cambio, desnuda con una sola palabra. Aunque, por fortuna, también en nuestro expeditivo idioma queda siempre un resquicio para lo inexplicable. Una bella y extraña paradoja por la cual, incomprensiblemente, la desnudez se viste a sí misma e, incluso desnudo, el hombre reserva preguntas, magias y enigmas que nos salvan de la pretensión de haberlo visto todo. John Berger, escritor y crítico de arte, lo explica en un párrafo: "Vemos hombros, pechos, muslos, pies, montículos, hoyuelos y nos maravillamos con su suavidad y su tibieza. Sin embargo, todo ha sido velado. Todo, por más íntimo que parezca, está oculto detrás de un velo, porque la figura humana se oculta eternamente". Así sea ■

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Luis Gruss** Periodista y escritor, autor del libro de aguafuertes "Malos poetas". Porteño, nació en 1953

LITERATURA



EL MAL DE LA MUERTE
Marguerite Duras



EL HOMBRE SENTADO EN EL PASILLO

MANCHAS SOLARES. Sentado al borde de la cama, en absoluto silencio, un hombre mira el cuerpo desnudo de una mujer. Las circunstancias no importan. En ese acto no intervienen lo moral o lo inmoral. Hay un niño, en el fondo del hombre, que mira el mar por primera vez. Desde la orilla del cabello hasta el nacimiento de los pechos la espuma es levemente rosada. El niño-hombre escruta los rincones como quien examina los detalles de un paisaje raro. Ahora sólo ve luces tenues, las similares hendiduras de la boca y el sexo –mancha solar en la entrepierna–, la curva que se dibuja entre las nalgas, una sonrisa triste. La escena ocupa casi todo el espacio de **El mal de la muerte**, un relato breve que la francesa Marguerite Duras (1914-1996) enhebró como siguiendo el arbitrario fluir de la conciencia. El hombre de la historia, acorralado por una muerte irremediable, le paga a una joven al solo efecto de poder verla desnuda cada noche, durante muchos días. El hombre está aquejado de un extraño mal: no puede amar. "Qué raro, un muerto", piensa ella. Pero el "muerto", cuando toca la piel de la mujer, siente que la vida se adhiere como el perfume a sus manos. Sospecha, también, que un cuerpo sin ropas está indefenso, que incita al amor y a las vejaciones, que va a desaparecer como él, como el resto de las cosas.
La autora de **El amante** exhibe un estilo que orilla la prosa poética, la palabra despojada, el tono decididamente confesional. En **El hombre sentado en el pasillo**, otro relato breve y ardiente que Duras escribió cuando ya había cumplido los 70 años, la protagonista es una mujer que espía los encuentros eróticos de una pareja. La descripción limpia, distante, de esos entreveros, adquiere por momentos la intensidad de lo sagrado. "Ella –escribe– ha llegado a su lado, se acuclilla entre sus piernas, y la mira a ella, sólo a ella, en la sombra que a su vez proyecta con su cuerpo. Con esmero la pone por entero al desnudo. Separa la prenda. Extrae de ella las partes profundas. Se aparta ligeramente, la expone a la luz. Veo que el hombre ha bajado la cabeza y la mira, veo que mira junto a la mujer ese espectáculo de sí mismo". La observadora no sabe nada ni quiere saberlo; desconoce la situación, apenas si ha escuchado decir te amo desde el fondo del pasillo. El hombre grita. Con las manos aferradas al cabello de la mujer intenta liberarse. Pero ya es tarde. Los cuerpos se aniquilian mutuamente y desaparecen en el acto como un bosque devorado por las llamas. El impacto inicial de la desnudez –la humedad, las formas, los olores– ha sido superado. Las manchas de amor impresas en las sábanas son huellas vagas del alma. Y eso es todo lo que queda.



CARTAS A THÉO
Vincent Van Gogh

CORAZÓN EN LLAMAS. Quien desee encontrarse nuevamente con el alma ilimitada y desnuda del holandés Vincent Van Gogh puede hacer varias cosas. Una es volver a sumergirse en sus cuadros casi salvajes, completamente ajenos a cualquier estética de la simulación. Frente a ellos, quizá, ciertos críticos de hoy dirían que el artista exageraba, que los colores puros se pueden amortiguar, que en todo caso hay que estirarlos suavemente con el pincel sobre la tela y no eyacularlos, como él hacía. Otra posibilidad es leer la riquísima correspondencia que Van Gogh mantuvo con su hermano Théo. En esas cartas lúcidas, febriles, confesionales –donde prácticamente no queda ninguna emoción sin exponer–, el pintor de girasoles y noches terribles vuelca el drama de su existencia. Allí se lo ve descubriendo en la práctica la fuerza de sus teorías pictóricas, o también expresar a cada paso sus dudas existenciales. "Mi tormento no es otro que este –le dice al hermano con lacerante humildad–: ¿para qué podría yo servir?" Pero su tormento también tuvo que ver con el imposible amoroso que lo perseguía. "Por momentos –escribe–, así como contra los sordos acantilados se estrellan las olas, siento el deseo de abrazar algo como una mujer de la clase puta barata." Van Gogh respira agitadamente en estas cartas llenas de dolor y esperanza. Y lo hace, al borde de su propio final, como un animal herido, terco, luminoso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Trópico de Cáncer

Henry Miller

La piel de París. Se ha querido ver en Miller al pornógrafo incurable, al indecente machista que a menudo se jacta de sus múltiples y siempre bien sucedidas proezas sexuales. Pero quien se sobreponga a ese prejuicio va a encontrarse apenas con un hombre triste y vulnerable como pocos. **Trópico de Cáncer** –un minucioso paseo por el cuerpo ebrio y oculto de un París no apto para turistas– ostenta la desoladora belleza del blues. El protagonista (¿el propio Miller?) hace literatura desde un marcado desprecio por "lo literario". Ya no hay más libros por escribir, dice, y al mismo tiempo se propone sacar afuera "lo que estaba embotellado" dentro suyo. Se arrodilla frente a las piernas abiertas de una u otra mujer y, pasado el primer impacto, siente que allí no hay nada interesante. "Cuando mirás a una mujer vestida se te ocurren toda clase de cosas, todo ese misterio del sexo.. Pero después descubrís que no es más que una ilusión." El gran fornicador busca secretamente a una diosa de esas que no aparecen en las tapas de las revistas. Y a veces sólo cree encontrarla en la ficción de un cuadro, cuando ve "un desnudo magnífico, carnal, sólido, vibrante, rosado y reluciente como una uña; una naturaleza muerta, sólo que nada está muerto en ella". La eterna dicotomía entre la carne y el sueño está en el centro del universo literario del autor. Pero para subir al cielo, como dice la canción, hace falta una escalera. Y el héroe del **Trópico** la encuentra finalmente en Mara, Tania o como se llame, una mujer que es bella hasta cuando orina, sentada indiferente en el bidet.



El desnudo perdido

René Char

Partículas luminosas. A diferencia de tantos rebeldes de ocasión que después terminan convertidos en policías o cómplices, el poeta francés René Char (1907-1988) fue fiel a la eterna ley del relámpago. **Le nu perdu** predica que la vida es indefendible si no hay una expansión de las potencias del espíritu. Más allá de cualquier afán literario, Char muestra, como al pasar, que existe un camino donde todo sigue siendo posible todavía. Y que "aquello que viene al mundo para no perturbar nada, no merece ni consideraciones ni paciencia". Como feliz contrapartida, el poeta rescata de las sombras a quienes permanecen desvestidos gracias a "la furia de los vientos", a los desnudos de alma que anudan sus cuerpos con "infinidad de partículas luminosas". Los poemas que reúne este libro, publicado inicialmente en 1971, hunden en el amor y la resistencia sus frescas raíces. René Char no quiere ser la frutilla sobre la crema sino el puro jugo de las naranjas salvajes. Su sueño es restituirles a las cosas su esencia última. Y todo su arte se resume en la orgullosa fórmula del **Poema pulverizado**: "No te arrodilles sino para amar".



La ocasión

Juan José Saer

Materia y espíritu. Bianco –protagonista de esta multipremiada novela del autor santafesino– tiene dones extraños. Puede, si lo desea, leer el pensamiento oculto de los otros; es capaz de fundir los metales con los dedos. Y si se concentra, además, hasta consigue desplazar objetos a distancia. No logra, sin embargo, dilucidar la delicada prosa que emana del cuerpo desnudo y vigoroso de Gina, su mujer. Por momentos, incluso, es como si tuviera miedo de que esa carne abundante segregara algún fluido mortífero. Una tarde, mientras enjabona demoradamente la piel en fuga de su esposa, cree percibir en el fondo el magma de la materia en acción. Bianco, el ocultista que se siente víctima del positivismo europeo, el intelectual oscuro que huye de la ciudad a la llanura, descubre con horror que el deseo de Gina es independiente del suyo. Ella es como una ondulación que viene de lejos y se va lejos. Bianco la ve como una aglomeración insensata de materia, como "una formación de sensaciones confusas y deliciosas". Pero cuando la toca –tras apagar la luz y hundirse como un ciego entre las sábanas– presiente que "lo impalpable de adentro se le escapa". Sólo está pulsando una red de piel y nudos, una hermosa cápsula donde circulan nervios y sangre humeante. No puede ir más allá. Esta vez no se siente acorralado por el racionalismo sino por los celos, por el vacío, por la convicción de que sus poderes se evaporan –poco a poco– a medida que aumentan sus riquezas materiales. La enrarecida fábula de Saer resuelve, finalmente, en soledad, una de las desnudeces humanas más atroces.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Jorge Carnevale** Periodista especializado en crítica cinematográfica. Autor de la novela "Puesta en limpio"

CINE VIDEO



PSICOSIS

Alfred Hitchcock / Gus Van Sant [1960/1998]

Alfred Hitchcock dirige **Psicosis** en 1960, en blanco y negro, con el equipo mínimo que utilizaba para su serie televisiva. La secuencia del asesinato bajo la ducha llevó una semana de rodaje. Todo lo que va a ocurrir en ese escaso minuto y medio está insinuado en la conversación previa que mantienen en el office del motel Norman Bates y su huésped, Marion Crane. El le dice que cada uno tiene su propia trampa, que la madre es su mejor amiga, que quiere lo mejor para él, que no está loca y que nunca la va a encerrar en una de esas instituciones. De inmediato, Marion, inquieta por el giro de la charla, se despide y va a su cuarto. En cuanto queda solo, Norman hace girar un cuadro y se descubre un agujero por el que espía los movimientos de la muchacha. En la versión original, ella queda en corpiño y enagua. En la versión "actualizada", de Gus Van Sant, la protagonista queda desnuda ante la mirada atenta de Norman, que se masturba furiosamente.

Y llegamos a la secuencia clave: Marion está entregada a la suave caricia de la ducha tibia. Hitchcock juega con la vocación de voyeur del espectador. Un hábil montaje nos muestra partes de la anatomía de la chica, pero nunca la vemos de cuerpo entero. En la versión de 1998, el desnudo de Anne Heche es más generoso. En pleno éxtasis, irrumpe el horror: Norman, travestido como su propia madre, castiga con un cuchillo el deseo y la maldición de la carne. El arma blanca opera como una violación final sobre la figura desnuda, penetrándola una y otra vez.



PRETTY BABY

Louis Malle [1978]

Desde **Los amantes** (1958) hasta **Una vez en la vida** (1992), el francés Louis Malle se movió siempre alrededor de temas riesgosos. **Pretty Baby** se sitúa en Storyville, Nueva Orleáns, en 1917, y cuenta la historia de Violet (Brooke Shields), hija de una prostituta, nacida y crecida en un prostíbulo y prostituida a su vez en subasta pública a la edad de 12 años. Violet, virgen, bañada y acicalada como corresponde a la ocasión, será entregada al mejor postor. Sólo dos hombres no participan de la fiesta: el pianista negro de la casa, que acompaña los encuentros entre pupilas y clientes con melancólicos ragtimes, y el fotógrafo Bellocq (Keith Carradine), encargado de embellecer a las chicas con sus encuadres. Uno y otro saben que aquello tiene el sabor del ultraje, pero callan. Hattie abandona de pronto a Violet, casándose con un rico comerciante del Norte. La chica se empeña en quedarse en el prostíbulo, que es su único hogar. Cuando se cierre, irá a parar a casa del fotógrafo, iniciando una curiosa relación. Bellocq ve a la niña-mujer y a la fotografía con la misma fascinación del reverendo Dogson (Lewis Carroll). La chica puede hacer el amor como la más experimentada, tener caprichos de cocotte de alto rango y luego ponerse a jugar a las muñecas. En el artificio, la muñeca es ella, y ella su propia madre. Como Lolita, es inocente y perversa sin la menor culpa. El filme, que apunta más a la soledad y la falta de afecto que a la sexualidad prematura, tuvo problemas con la censura en casi todos los países. En la Argentina, prohibido durante los años de plomo, se estrenó recién en 1984.

Tres filmes, a su manera emblemáticos, trabajan sobre la mirada que escamotea y revela. Michelangelo Antonioni, Bernardo Bertolucci y Brian De Palma, en diferentes registros, desnudan algo más que un cuerpo.

BLOW-UP

M. Antonioni [1966]

Swinging London, mediados de los 60. El fotógrafo de modas (David Hemmings) gana lo que quiere, pero se aburre. Maltrata a las modelos. En sus ratos libres se disfraza de mendigo para fotografiar la miseria. Una sesión con la modelo top (Veroushka) acaba convirtiéndose en una entrega sexual. El fotógrafo la seduce y la despoja de toda resistencia mientras dispara su cámara. Invita a unas chiquilinas a su estudio. Juguetean, se desnudan. Harto, se va a vagabundear por un parque. Allí detecta a una mujer joven en tren de seducir a un hombre mayor. Los fotografía una y otra vez. Cuando en su estudio revele y amplíe esas fotos, descubrirá otra realidad.



ULTIMO TANGO EN PARÍS

B. Bertolucci [1972]

Paul (M. Brando), un americano residente en París desde hace años, conoce a una adolescente (María Schneider) en un departamento que ambos pretenden alquilar. El hombre, desquiciado por el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dolor de haber perdido a su mujer, que acaba de suicidarse, toma a la chica casi sin palabras y le hace el amor brutalmente. Deciden alquilar el lugar y que se convierta en su escondite privado. El hombre le hace prometer a la muchacha que no habrá preguntas y ella, hija de un coronel, con educación burguesa, se enamora perdidamente del desconocido. El la baña como si fuera un bebé, le cuenta historias imposibles, se burla de ella, la sodomiza sin la menor piedad. Así, hasta que descubre que también la necesita, y todo se va al diablo. Al desnudarse de verdad, Paul la pierde y se pierde.



Doble de cuerpo

B. De Palma [1984]

Al actor sin trabajo Jack Scully (Craig Wasson) le prestan por dos semanas un departamento. Desde allí, con un telescopio sigue los movimientos de una mujer que, en el edificio de enfrente, se desnuda como si le estuviera ofreciendo un show personal. De pronto, Jack descubre que la mujer está en peligro, alguien la vigila. Un extraño acaba asesinándola sin que pueda impedirlo. Trastornado, cree reconocer a la muerta en la figura de una actriz porno. Va en procura de ella. La pesadilla recomienza. Jack ha sido utilizado para una trampa. No vio lo que creía ver.



Buenos Aires Viceversa

Alejandro Agresti

[1997]

Heredero del sainete y el grotesco, pariente directo de la narrativa de Roberto Arlt, el cine de Alejandro Agresti muestra una Buenos Aires secreta que va del amor al horror. El encargado de un albergue transitorio se entretiene escuchando las conversaciones de su clientela. En esa tarea habrá más de una sorpresa. Una especie de gurú catequiza a su pupila mientras la desviste. Un tío suyo, ex torturador, lleva al hotel a una muchacha ciega y, una vez en la habitación, la desnuda a medias y juega con ella al gato y al ratón. La muchacha reacciona a los gritos y ataca al agresor con su bastón. El que escucha reconoce a su tío. No sabe qué hacer. En otro ámbito, una pareja joven discute. Los dos están desnudos. Es la primera vez que el cine argentino desnuda así a un hombre y una mujer en una secuencia que no tiene nada de erótico. De pie, en una toma frontal, de cuerpo entero, ella le reprocha al muchacho su falta de compromiso, su banalidad. Ambos son de extracción muy diferente. Ella es huérfana, hija de desaparecidos. El no tiene problemas económicos y sólo se preocupa por el consumo. El filme está marcado por una suma de búsquedas y desencuentros. Una mujer sola almuerza hablándole al televisor. En la pantalla, su ex marido conduce un noticiero. El tipo no dice lo que ocurre, escamotea información, la manipula a gusto. En charlas de café, los amigos hablan de mujeres. Mienten, exageran, las descalifican. Todo está marcado por la inseguridad y la falta de afecto.



Un maldito policía

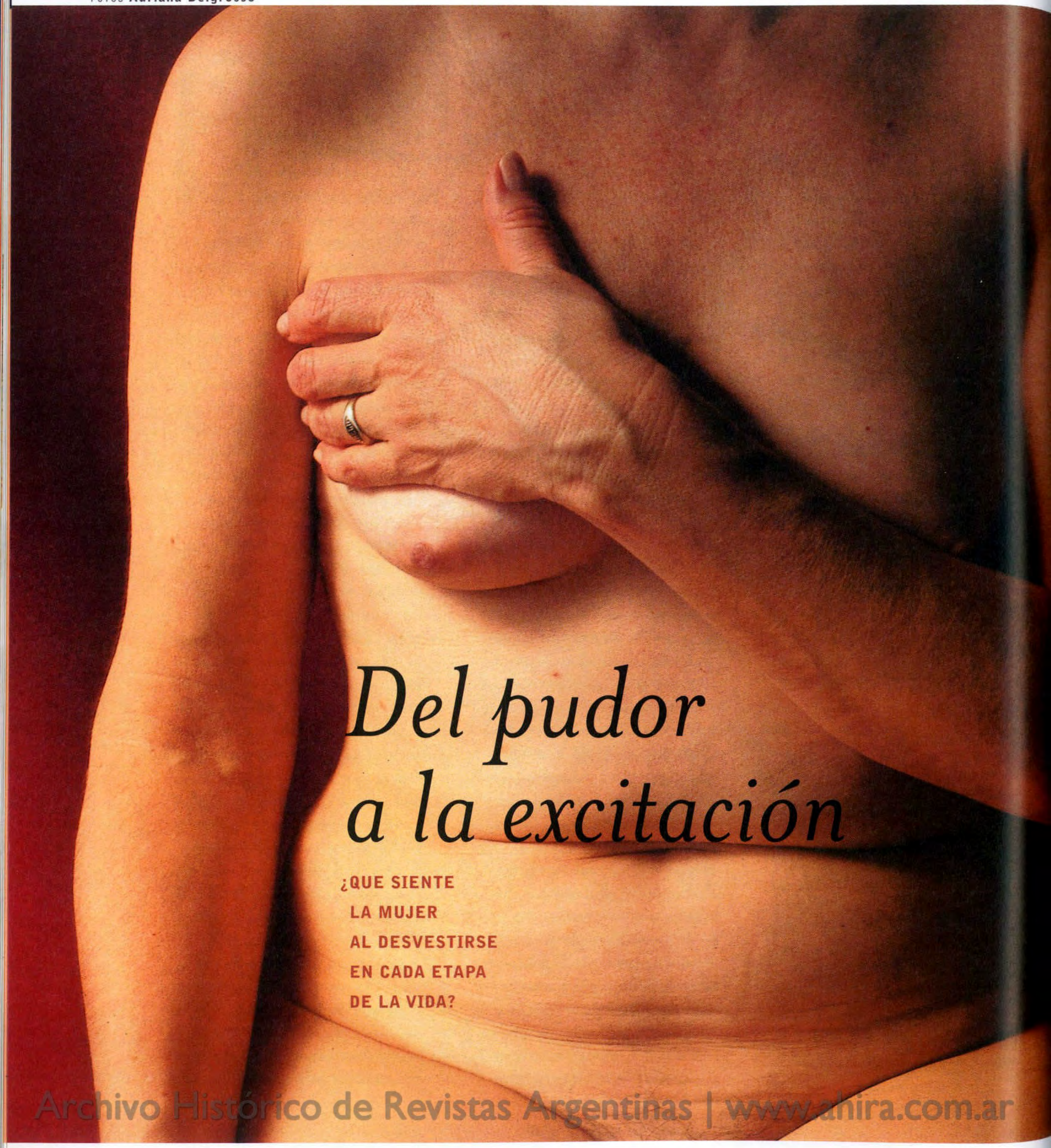
Abel Ferrara

[1992]

Una monja ha sido violada en un templo y el encargado de la investigación es el peor policía de Nueva York. La primera escena lo muestra como un hombre común: discute con su mujer y su suegra, lleva los chicos al colegio, en apariencia apurado por llegar al trabajo. Pero su principal tarea es el juego y la coima. Muerde en todo lo que puede y consume drogas sin parar. El sexo barato con prostitutas de cuarta es su moneda de todos los días. A punto de arrestar a dos chicas menores por conducir sin registro, las obliga a gestualizar el sexo oral y se masturba mirándolas. El derrumbe lo lleva a las drogas más pesadas. Los acreedores lo apuran con las deudas. No puede entender por qué la monja no acusa ni desenmascara a su violador y está dispuesta a perdonarlo. Este teniente desolado, que no tiene nombre en la película (trabajo descomunal de Harvey Keitel), muestra su total desesperación en una secuencia reveladora: saturado de drogas, desnudo, avanza a los tumbos por la habitación, de frente a la cámara, llorando como un chico perdido en medio del bosque. El encuentro con la monja profundiza la crisis. De formación católica, el hombre hasta ese momento se ha movido como un elegido de Dios. "Nadie me puede hacer daño –le dice a un colega–. Estoy consagrado." De pronto el mundo se le viene abajo. Quiere volver atrás, hacer algo bueno, recuperarse. El perdón de esa monja lo aniquila. Ha creído ver a Cristo, de cuerpo entero, desvestido como él, en medio del templo. Se ha hincado y le ha besado los pies. Siente que no todo está perdido. La realidad, brutal, dirá otra cosa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

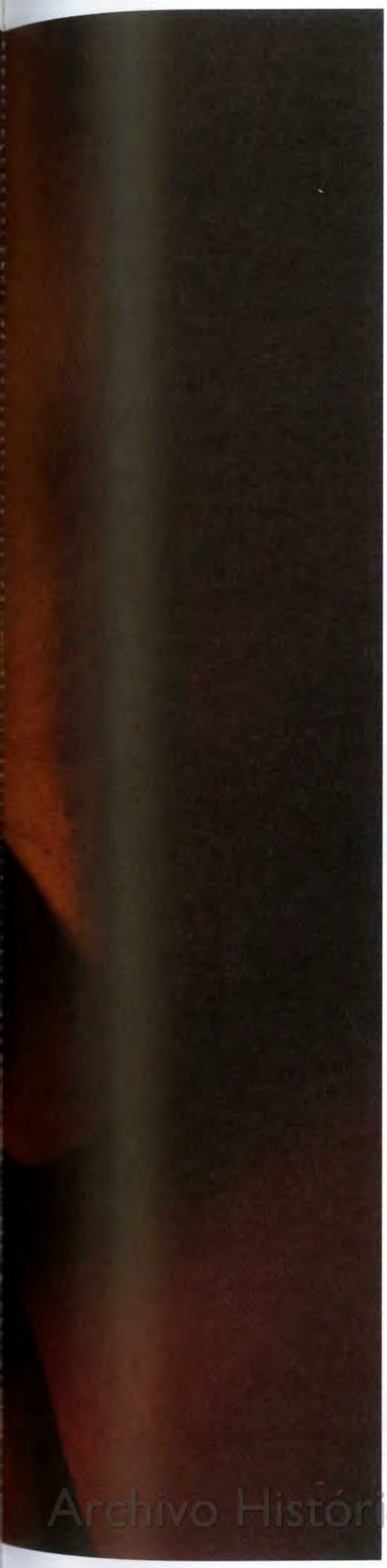
FOTOS **Adriana Delgrosso**



Del pudor a la excitación

¿QUE SIENTE LA MUJER AL DESVESTIRSE EN CADA ETAPA DE LA VIDA?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





POR **Alicia Steimberg**

Escritora. Entre sus novelas se destacan "Músicos y relojeros" y "Cuando digo Magdalena"

Aunque nadie pueda creerlo, lo que sigue es un relato fiel de las desnudeces de mi vida. Y no lo digo en sentido figurado sino concreto: las desnudeces de mi cuerpo, donde también están expuestas las partes que el decoro, las costumbres, las religiones, el Estado y mi mamá me mandaron llevar siempre cubiertas. Es que a mí me ha llevado la vida entera dominar el miedo y convencerme de que todas las partes de mi cuerpo, las que se ven y las que no se ven, son mías. De chica, aunque no me lo formulara tan claramente, debía creer que eran de mi mamá, de la maestra, del médico, de Dios –cuando yo, criada sin religión, descubrí con gran alegría a Dios en las estampitas de mi compañera de banco en el colegio–. Ellos establecían qué se podía y qué no se podía hacer con esas partes secretas del cuerpo, y es más: lo que podían hacer los hombres y lo que podían hacer las mujeres. Sé de buena fuente que en un colegio católico las monjas obligaban a las pupilas a bañarse con un camisón puesto, seguramente para que no vieran esas partes de su cuerpo que eran propiedad de otros. Claro que las monjas no podían comprobar si las chicas obedecían la orden. Sólo se paraban ante cada cubículo de las duchas y preguntaban:

–Niña, ¿tiene puesto el camisón?

–No, hermana –contestaba alguna rebelde.

–Póngaselo inmediatamente.

–No, hermana.

–¡Mire que entro!

–Entre.

Las monjitas no entraban. Pero el daño, el pecado, la terrible afrenta estaba hecha.

Todo estaba reglado, no había más que observar las reglas, algo que hubiera sido tan simple si la jauría de los instintos no rugiera lo contrario. Había gran severidad en los rostros de los mayores cuando hablaban de las partes privadas. Las prohibiciones y reglas de comportamiento se hacían cada vez más complejas a medida que pasaba el tiempo y la natural evolución del cuerpo infantil iba poniendo en él las señales inequívocas de su paso, señales que entonces eran alegres y gozosas. ¡Una quería tener más años para que las señales se acentuaran! Pero se trataba de una alegría secreta, compartida sólo con algunas amiguitas, mientras, con las muñecas todavía en nuestros brazos, comentábamos el advenimiento de un pelo, ¡un solo y único pelo!, una redondez, un torneado en partes de nuestro cuerpo que hasta el momento habían sido lisas y llovidas como una pared. Entre tanto los mayores se reunían con sus caras avinagradas a tomar el té alrededor de la gran mesa con mantel de hilo blanco como el de un altar de la castidad, y hablaban de sus enfermedades. Casi siempre el ojo vigilante de una madre nos descubría junto al paredón del jardín e interrumpía los pormenores del ataque de hígado para acercarse a nosotras y preguntarnos de qué hablá-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



bamos. Que Dios la perdone, creía estar cumpliendo con su deber. Y que nos perdone a nosotras por mentir. Y que Dios la perdone a ella también por su hipocresía. Fingía creernos.

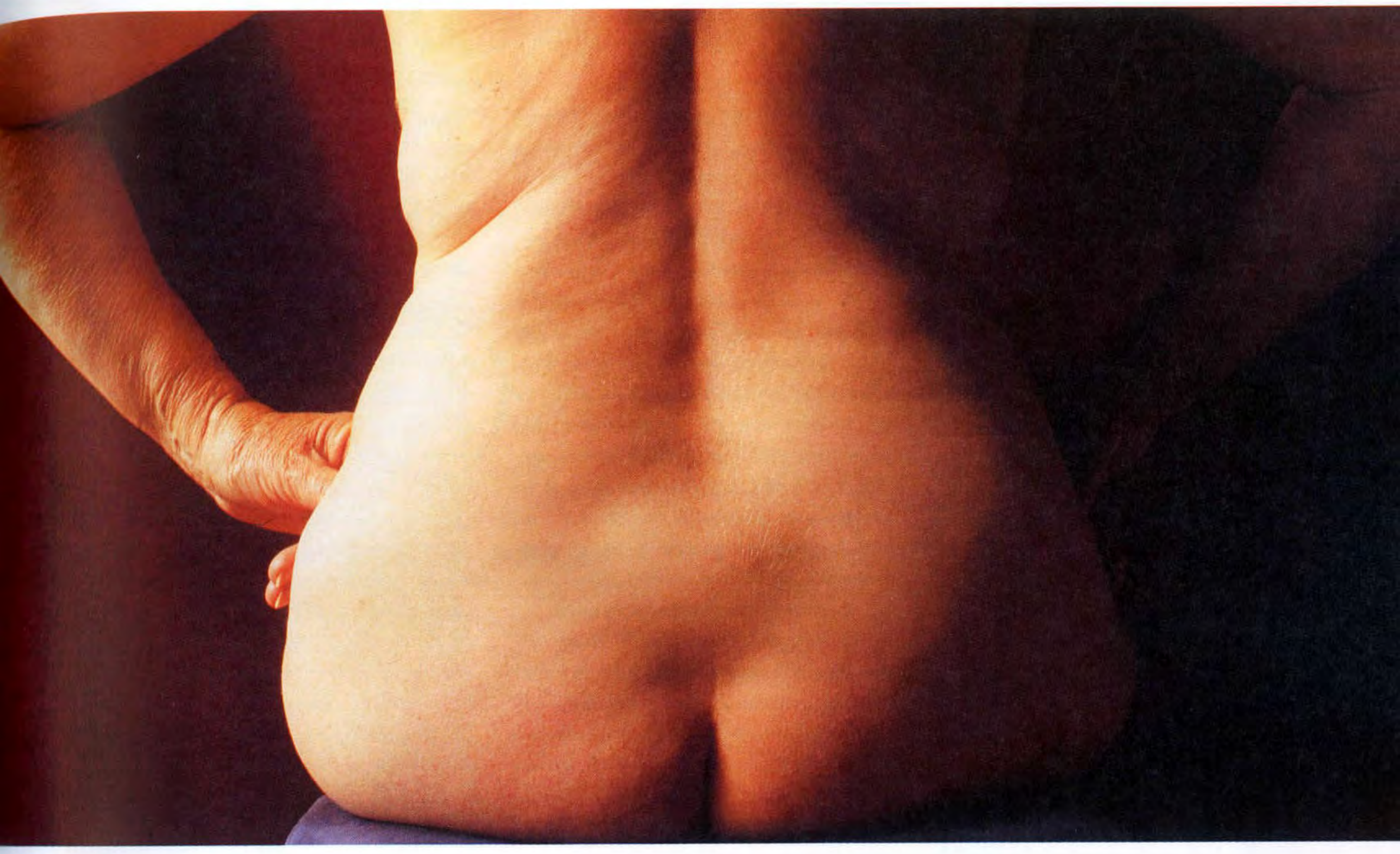
No hablaré aquí de mis desnudeces cotidianas cuando me doy una ducha o me acuesto a dormir, porque si estoy sola qué gracia tiene. A veces también me he desnudado y me desnudo en presencia de un señor, lo cual sí es válido porque la consigna para esta nota dice que debe haber por lo menos una persona más que presencie o comparta la desnudez. No sé qué se propone el espíritu juguetón que me dio esta consigna, o qué es lo que quiere demostrar, pero allá él.

Como todas las personas, yo tengo un cuerpo, que en mi caso es de sexo femenino. Las enseñanzas de mi madre con respecto a las partes del cuerpo que se deben llevar cubiertas dieron resultado: no estoy desnuda cuando presento mis libros, no lo estaba cuando era funcionaria y me sentaba ante el escritorio en mi despacho de la Secretaría de Cultura, ni voy desnuda al cine, a un restaurante, a un concierto o al supermercado. Las de la hipocresía también, excepto, claro, en las gloriosas noches de verano, y en las otras estaciones del año, y a plena luz del día, en número indeterminado, a lo largo de mi vida.

En mis primeros años, no sé exactamente cuándo, se instaló en mí ese sentimiento llamado pudor que hace que los niños de pronto se nieguen a usar el baño en presencia de un adulto. Se empeñan en cerrar la puerta y uno se pregunta por qué no habrá hecho quitar esa traba que impide abrirla desde afuera. Si el chico se encierra y luego no puede abrir la traba habrá que llamar a alguien para que rompa la puerta. Pero no nos desviemos del tema principal: mis desnudeces compartidas en distintas edades de la vida, si es posible por orden cronológico.

Mucho me hubiera gustado mirarme desnuda en el espejo grande del ropero de mamá, a medida que crecía y mi cuerpo iba tomando forma de mujer. Lo de mirarse desnudo en un espejo vale para esta nota porque entre el que se mira y la imagen que aparece en el espejo ya son dos desnudos. Al respecto diré que tuve que conformarme con mirarme por partes en el pequeño espejo del botiquín del baño subida en un banqui-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



to, y, claro, para mirar otras partes de mi cuerpo no necesitaba espejo, pero no me quedó una idea de conjunto.

Desde la infancia y durante toda la adolescencia fui a hacer deportes al club Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque, pero en mi época las chicas no se paseaban desnudas por el vestuario (creo que ahora tampoco lo hacen): había camarines para cambiarse y los compartimientos de las duchas tenían cortinas de lona color verde botella. De manera que ese era un lugar donde se reunían muchas mujeres desnudas, pero cada una en su cubículo y con la cortina corrida, como en aquel internado católico. No sé si esta reunión de personas desnudas será válida para la nota, puesto que no se veían unas a otras. Si ustedes al leerla no encuentran este párrafo quiere decir que los editores de la revista me lo borraron, porque aquí sólo se permite estar desnudo en compañía, justo al revés del pepino. Estos señores no se dan cuenta, pero se exponen a graves críticas y a la más escandalizada censura, ¿o se olvidaron de que vivimos en la Argentina?

En plena adolescencia me era muy difícil estar desnuda junto con otra u otras personas. Tengo ahora la sensación de haberme perdido algo. Alguna bacanal de jóvenes con sus bellos cuerpos perfectos a la luz de la luna, como en la película *Gruppo di Famiglia*, de Visconti, cuando justo entra Burt Lancaster y encuentra a los tres jóvenes desnudos como un cuadro vivo, y ellos le dicen algo así como: "Bueno, bueno, usted también habrá sido joven". Yo no lo hice, pero podría fingir que lo hice, escribir por ejemplo la noche está estrellada y tiritan, azules, los astros a lo lejos.

Tengo un cuerpo de mujer que acusa sus diferencias con los de las modelos junto a quienes tuve que sentarme muchas veces en esos paneles de televisión donde además invitan a un historiador, un abogado, un analista de sistemas y a la directora de una revista de cocina. Al fin y al cabo son todos seres humanos, ¿verdad? Todos pueden contestar preguntas sobre el amor. Y todos parecen saber más que yo sobre el tema. Teóricamente, digo. Pero no es eso lo que me preocupa: yo puedo contestar cualquier pregunta y si no sé nada al respecto hago un chiste, estoy entrenada para eso. Tampoco me preocupa el tremendo brillo físico que difun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IL POSTINO S.R.L.

CORREO PRIVADO & MENSAJERIA RNPSP Nº 512

UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO CERTIFICADO / MENSAJERÍA ULTRA RÁPIDA /PERSONAL ASEGURADO (ART)

4866-4440

4867-0036

BUENOS AIRES ARGENTINA

SERVICIO EN MOTO:
Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones

Correo interno
Servicio de Bolsines
Ensobrados, Doblados y Etiquetados

CORREO:
Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución

Mencionando este aviso importantes descuentos

de la modelo de veinte años, famosa por su belleza, sentada a mi lado. Cuando yo era jovencita siempre andaba con una chica así, linda, rubia, alta y esbelta, que atraía a los muchachos como moscas, y que algún día –supongo– habrá posado desnuda interrumpida sólo por un poco de espuma del gel de baño. Pero formábamos un buen dúo: ella atraía a los chicos con su belleza y yo los retenía con mi conversación. Me preocupa, sí, la estatura de la muchacha, y la humillante certeza de que en el intervalo comercial me traerán un almohadón para que me siente encima, como me traían la guía telefónica cuando era chica y no alcanzaba la mesa.

Sí, tengo este cuerpo humano femenino que con el tiempo fue envejeciendo un poco y muy graciosamente, pero que jamás, jamás, fue ni será un cuerpo de hombre. Me moriré con esa gran curiosidad insatisfecha de no poder saber, ni por un segundo siquiera, cómo es y "qué siente" una persona con un cuerpo musculoso y velludo y una notoria nuez de Adán, y otras partes, como dice la canción:

"Que rigourosement ma mère
M'a defendu d'nommer ici".
Que mi madre me ha prohibido
terminantemente nombrar aquí.

(DE "LE GORILLE", GEORGES BRASSENS, EDITIONS PIERRE SEGHERS, PARÍS, 1967).

¿Por qué no se le habrá ocurrido al espíritu juguetón encargarle esta nota a una mujer joven? Ah, yo soy joven, claro, con esa juventud inalterable del espíritu, pero estoy en la edad en que si las mujeres aceptan ser vistas sin ropa será sólo con luces tenues y, si los hombres que las acompañan son sus pares en edad, estarán de acuerdo en lo de la iluminación. ¿Cuánto se puede prolongar la juventud, o la ilusión de la juventud? Ahora mucho más que antes, pero si se prolonga la vida todos querremos ver a esas adorables señoras bien vestidas con sus elegantes trajecitos, y si es posible, en las edades aún más avanzadas, con su jabot de encaje.

Descubro que estoy un poco bíblica; les sucede a casi todas las personas de la cultura judeocristiana, sobre todo a las mujeres, cuando empiezan a observar que sus manos se han arrugado y tienen manchitas de color castaño, y esto no es tan fácil de arreglar como la cara y el cuello, y si no pregúntenles a los cirujanos plásticos y a las mujeres propensas a acudir a ellos. Y porque la Biblia ayuda también a pensar en un mundo adonde ir cuando se nos termine el contrato en este; si no lo dice un Testamento lo dirá el otro, ¿qué más da? Lo que importa es encontrar algún lugar allá arriba, con buena vista.

Sin la inoportuna presencia de un espejo, me siento más joven de lo que soy: a veces me parece que tengo veintiocho años, a veces doce, a veces cincuenta y cuatro y que estoy jugando al tenis con las zapatillas teñidas de polvo anaranjado, aunque jamás haya jugado al tenis en mi vida.

Dice el médico consultado por una pérdida de oído:

–Fíjese, señora, usted está muy bien. Usted tiene tal edad, pero está muy bien. La cara linda, el cuerpo bien. Es su oído el que tiene quince o veinte años más que usted. Eso es todo. Mejor así, señora.

Mejor así. Mejor que si, al desnudarme y mirarme al espejo, descubriera que estoy doblada en ángulo recto y apoyada con una mano en un trípode y con la otra en un bastón, arrugadita como una pasa de uva, con dos mechones blancos que me cuelgan sobre las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Marcelo Moura
el probador
lun a vier **17 / 19 hs**

Michel Peyronel
el lounge
lun a vier **19 / 21 hs**

Sergio Marchi / Jorge Casal
rock boulevard
lun a vier **21 / 23.30 hs**

HORACIO GALLO

NOSTALGIE

106.7 FM Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



sienes y mirada de bruja envidiosa. ¡Cielos! (El espíritu juguetón me dijo que cuidara mi lenguaje, me cree capaz de decir cualquier cosa.) Ahora comprendo a mi segunda suegra cuando, con muchos más años que los que yo tengo ahora, a menudo decía: "No entiendo cómo hice para llegar a esta edad". Mirándola hoy es casi de no creer que ella también se haya desnudado cuando era joven y bella, y ojalá que al menos alguna vez haya sido para amores clandestinos. Como dice aquella canción de Bing Crosby:

Dentro de cien años,
¿quién se va a acordar?

Y como recuerda Rubén Darío,

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver...

Pero Pessoa los contradice un poco:

El poeta es un fingidor
Finge tan completamente
Que llega a fingir que es dolor
El dolor que de veras siente.

¿Y qué tiene que ver lo que finge el poeta con el hecho de estar desnudo? Tiene que ver con la distancia que va de la imagen a la palabra: una cosa es estar desnudo y otra es hablar de estar desnudo, y ni te cuento lo que es hablar de otras cosas relacionadas con la desnudez compartida. Qué curioso, parece ser, por la reacción de los espectadores y los oyentes, que en este caso peor es hablar que hacer, cosa que de ninguna manera sucede en otras instancias: mejor es hablar de matar que matar realmente.

Bien, aquí tenemos a este eterno ignorante sentado en su platea, mirando desnudarse a una mujer y haciendo eternamente la misma pregunta: "¿Qué siente una mujer cuando se desnuda delante de un hombre?", sin obtener jamás una respuesta que lo satisfaga. Y ella, muy ufana porque sí lo sabe, como que ella es la mujer, sigue, impertérrita, quitándose las últimas pequeñas prendas que la dejarán desnuda. Si él supiera con certeza lo que siente ella, y ella lo que siente él, ¿habría alguna vez dificultades y sufrimiento en estas situaciones? ¿O serían

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



siempre como el amor de las películas, vital, hermoso, atlético, perfecto? Tendría que catalogar todas las instancias en que una mujer está desnuda ante una o más personas, pero me reservo el surtido completo para una posible Antología del Desnudo Femenino, que abarcaría desde la grata ocasión del amor, pasando por la de la modelo que posa para un gran artista, hasta las situaciones más horribles en que desnudarse, o verse de pronto desnuda, hace sentir horror, desvalimiento, humillación. Desde la camilla que entra en el quirófano hasta las caravanas de mujeres que marchan a la cámara de gas en un campo de concentración.

Pero volvamos a la pregunta primitiva: "¿Qué siente una mujer cuando se desnuda delante de un hombre?" Elijo ampliarla un poco y convertirla en "¿Qué siente una mujer cuando se desnuda delante del hombre que ama?" Esto es muy personal, pero me atrevería a decir que en algunos casos es para darle el gusto a él, porque el acto de quitarse la ropa suele ser más placentero cuando se realiza entre los dos. Cuando una mujer se desnuda entre unos pastos altos en una pradera siente el roce de los pastos mientras la mirada del hombre la recorre como una caricia anticipada, y cuando por fin las manos de él la recorren siente que todo valió la pena en la vida y que ese momento será eterno. Nada enseña la experiencia de que "Ya pasará", lo mismo el dolor, y se olvida de todos los preceptos a los que debe obedecer. Y cuando se desnuda ante un hombre entre las margaritas de un bosque siente que caen, deshojados, pesados libros de prohibiciones y sentencias, los preceptos de su propia madre, imperios enteros, y hasta el cielo que le habían prometido. Si está del todo desnuda antes de que él la toque siente el tormento de la espera, porque en ese momento medio segundo es un siglo. He aquí las palabras de una canción que está en un idioma que casi no entiendo, pero me alcanzó con entender "bosque", "margaritas", "muchacha" y "muchacho" y, más adelante, recitado con voz burlona: "Mamá, mamá... ¿Qué quieres con tu mamá?"

En un bosque estaba el suelo cubierto de margaritas pequeñas, con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El retrato-desnudo

Me escribió desde Poitiers, donde vivía con sus padres. Tenía diecinueve años. Quería hacer una tesina de licenciatura sobre el tema del Ogro en la literatura francesa. Yo era, pensaba ella, un experto en la materia. ¿Aceptaría darle una cita? Acepté y se la di. Total, en una hermosa mañana de abril fui a recogerla a la pequeña estación de mi pueblo. No tenía más apariencia de ogresa que yo de ogro. Sobre una silueta desvaída por la ropa "unisex", un rostro hermoso, agudo, casi cortante, escueto, demasiado grave... iba a escribir para su edad, pues tal es la fuerza de esa costumbre que nos hace asociar la juventud con la despreocupación, los veinte años y la glotonería frente a la vida. ¡Como si fuera fácil y alegre tener veinte años! Las mejillas redondas y los ojos que mariposean le vendrían con la edad, con la instalación en la vida, con las certidumbres seguras y los entornos confortables. A la espera del ogro barrigudo y repleto, se suele ser el joven lobo con dientes y garras.

Así que conoció la casa, el taller de la escritura, la fortaleza de libros y el granero de las imágenes. Más todavía que en la mesa donde se instalan los colgajos matriciales* de la próxima novela, se interesó por la mesa de ampliación y revelado, y por las máquinas fotográficas, que van desde la antigua cámara inglesa 4 X 5 Inch. MPP, a la Minolta último grito. Y después se inclinó sobre las pruebas largo rato –retratos, paisajes, desnudos– que de allí han salido.

–¿Y si le fotografiase?

–Sí, ¿por qué no?

–Preparo las máquinas y la iluminación.

–Yo también voy a prepararme en el cuarto de al lado.

Sí, decididamente me gustaba aquel rostro tan sencillo, a veces chato, aquella mirada ardiente cuyo misterio, completamente extravertido, se agotaba en la espera de lo que puede llegar –acontecimientos, gentes, cosas–. Extendí el fondo de papel blanco que suprime toda suerte de "decorado", y aísla al sujeto como sobre un campo de nieve. Enchufé los dos focos de mil vatios. Elegí un objetivo Elmarit de 90mm, incomparable para los retratos.

–¿Está usted lista?

–Perfectamente.

Se adelantó, valiente, por la playa resplandeciente de luz que se ofrecía a sus pies. ¿Había habido algún malentendido? Iba desnuda, como Eva en el Paraíso. Al decir "foto", yo había pensado "retrato". Ella había entendido "desnudo". Pero había otra sorpresa: aquel cuerpo no era –ni mucho menos– el que anunciaba su rostro: era un cuerpo repleto de suavidades y redondeces, conciliador, casi mullido, tan femenino como es posible. Y no es la primera vez que yo encontraba esta contradicción entre los dos "pisos" del ser humano. Había descubierto ya cuerpos espléndidos de frescura y flexibilidad coronados por una devastada máscara de anciano, cabezas finas y enjutas, como de porcelana, clavadas sobre odres abotagados por la celulitis, un cuerpo majestuoso de matrona exhalando fecundidad, revestido por un rostro puntiagudo de jovencita bromista y alocada.

Se entiende el aprieto del fotógrafo cuando se sabe qué peligroso equilibrio constituye en la foto de un desnudo la necesaria armonía entre el rostro –pequeño ídolo del alma– y el cuerpo –encarnación solidaria de la tierra–, cuando se han visto las imágenes de una carne admirable destruidas por la presencia de una boca, de una nariz, de dos ojos que no concuerdan con ella.

¿Qué hacer? Instintivamente me aferré a mi proyecto de retrato. Había dicho foto, pero pensando retrato. Y quería mantenerme en mis trece. Luego hice de mi Eva una serie de retratos...

Los tengo ahora mismo ante los ojos, y creo sinceramente que, gracias a ellos, he descubierto algo. Existían la foto retrato y la foto desnudo, el "retrato" y el "desnudo". Yo acababa de inventar el "retrato-desnudo". ¿Quiere usted hacer el retrato-desnudo de una mujer, de un hombre, de un niño? Haga que su modelo se desnude por completo. Y después saque sus fotos cuadrando solamente el rostro y nada más que el rostro. Y afirmo que en esos retratos se leerá la invisible desnudez del modelo como en un libro abierto. ¿Cómo? ¿Por qué? Evidentemente es un misterio.

Se trata de una especie de irradiación que llega desde abajo, de una emanación corporal que opera como una suerte de filtro, como si la carne desnuda hiciera ascender hacia la cara una vaharada de calor y de color. Se sueña en esos horizontes abrasados por la presencia todavía invisible del sol a punto de amanecer. Esta reverberación carnal es siempre enriquecedora para el retrato, aun cuando comporte una nota de vergüenza o de tristeza. Pues se puede tener una desnudez melancólica, como algunos tienen el vino triste. Pero la dominante del retrato-desnudo es más bien la de un matiz particular donde hay valor, generosidad, y hasta un aire festivo, pues la desnudez llevada de este modo es al mismo tiempo gratuita y excepcional, como si fuera un aguinaldo. Al revés, sobre el retrato normal –rostro desnudo, cuerpo vestido– se lee el exilio del rostro, lo único vivo encima de un maniquí de ropas, la angustia de su soledad, cortado del cuerpo por la corbata y el cuello de la camisa.

Se diría que ese gran animal, cálido, frágil y familiar –nuestro cuerpo— que durante el día encerramos en una prisión de vestidos y por la noche en un capullo de sábanas, suelto al fin al aire y a la luz, nos rodea con una presencia alegre e ingenua que se refleja hasta en nuestros ojos. Ése es el reflejo que el retrato-desnudo atrapa y aísla en el rostro que ilumina.

MICHEL TOURNIER,
"EL ÁRBOL Y EL CAMINO".
AGUILAR, ALTEA, ALFAGUARA
DE EDICIONES S.A., 1993

* "*Matriz* (sinónimo: útero): víscera donde tiene lugar la concepción", dice el diccionario. Hay que apuntar que la misma definición convendría al cerebro, esa otra víscera donde tiene lugar esa otra concepción. (N. del A.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

centros dorados. La muchacha las miraba, el cielo estaba azul y el suelo seco, y ella pensaba que las flores no tenían qué beber. Un joven la está mirando a ella, oculto entre los árboles. Ella, creyéndose sola, se quita la blusa y la arroja sobre los pastos. Y él se acerca más, y se hace ver, y ella enmudece, pero no atina a recoger su blusa y ponérsela. Y siente despertar dentro de ella a otra mujer. Él, que es muy joven pero ya un poco perverso (o sabio, según se mire), sólo sonríe y espera, tranquilamente apoyado en un tronco. Ella siente que si él se acerca todavía más, se irá al diablo su intención de juntar un ramo de margaritas para su madre.

Esta es mi respuesta a la pregunta "¿Qué siente una mujer cuando se desnuda ante el hombre que ama?", mi propia versión de la pregunta "¿Qué siente una mujer cuando se desnuda delante de un hombre?" Todos los que han vivido el amor y sus intimidades saben que llegado el hermoso momento nadie piensa en observaciones científicas o en estadísticas, y que gris es toda teoría y verde el árbol de oro de la vida (cada vez que acudo a esta cita de Goethe, que popularizó como slogan desde su tapa la histórica revista *El grillo de papel*, me pregunto cómo es eso de que el árbol de la vida es verde si es de oro).

Veamos ahora lo que siento cuando estoy desnuda entre desconocidos. Me sucede de tanto en tanto y es muy perturbador: de pronto salgo a la calle, o me encuentro en un salón, desnuda entre otras personas que están vestidas, y me avergüenzo de mi desnudez. Ahora sí puedo decir seriamente lo que siento en esas situaciones: siento extrañeza, un miedo paralizante y una indefensión total; sería incapaz de pronunciar una palabra. A veces siento frío.

En invierno, la muerte asesina
Entra en las casas.
Busca a la hermana,
Al padre,
Y les toca el violín.
En hiver / La mort meurtriére /
Entre dans les maisons /
Elle cherche la soeur /
Le père / Et leur joue du violon.

FRAGMENTO DE UNA CANCIÓN DE PAUL HINDEMITH, SOBRE UN POEMA DE RAINER-MARIA RILKE.

Entonces me miro nuevamente y ¡oh, maravilla!, estoy cubierta, aunque sólo sea por esa prenda anticuada que se llamaba combinación o viso, que usábamos para anular las transparencias del vestido y que ahora aparece otra vez en las vidrieras de las lencerías, presentada como camisón. Sigo sintiéndome muy perturbada, porque de todos modos estoy en ropa interior, y por el rabillo del ojo veo pasar señores muy severos, de galera y bastón y sedosos bigotes blancos, y a las señoras ni las miro de miedo de que me lapiden. A veces, al mirarme por tercera vez, me encuentro tan vestida como cualquiera. El recuerdo de mi desnudez se esfuma, y junto con él la sensación de haber cometido un terrible error. Despierto y me sonrío.

...cuando la tierra se agita
Bajo la pala de la primavera
La muerte corre por las calles
Y saluda a los paseantes.
...quand la terre remue
sous la bêche du printemps
la mort court dans les rues
et salue les pasants.

PAUL HINDEMITH, OP. CIT.

Salir a la calle desnudo es un síntoma de locura, como demostró bien claro una vecina del barrio de mi infancia, que lo hizo y de allí fue derecho al hospital neuropsiquiátrico en una ambulancia. Lo más conveniente es cumplir con estos impulsos en sueños. En un sueño es posible andar desnudo, como también compartir la habitación con un león. Las dos situaciones son igualmente sorpresivas. De pronto el león está allí, y la habitación tiene puertas o al menos agujeros por donde huir, es sólo cuestión de ordenarles a las piernas que corran, pero las piernas sufren de una extraña flojedad que las paraliza, como la que uno experimenta cuando acaba de salir por una puerta extraña de una casa que no conoce y, todavía con una

3 3 3 7 8 7
0800-3-EDESUR
im©
A PARTIR DE HOY PONEMOS A SU DISPOSICION UN SERVICIO TELEFONICO GRATUITO
PARA ATENDER SUS EMERGENCIAS TECNICAS.
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
FonoServicio
En un número, todo EDESUR.
Para realizar consultas comerciales 4383-0200

mano en el picaporte, descubre que no lleva ninguna ropa puesta. Lo que no se hace en estos sueños es salir corriendo. Simplemente se espera un segundo, tal vez sólo una fracción de segundo, nada, y ya estamos vestidos, aunque sea precariamente, por alguna mano invisible que nos ha ayudado a ser y aparecer como los demás. Tampoco he sabido que el león de los sueños se haya comido nunca a nadie, pero no es que desaparezca, simplemente el que sueña empieza a sentir bajo la mejilla el contacto delicioso de la almohada. También en un sueño se puede ir a parar a un hospital, pero después uno se despierta y está alegre, alegre de que no sea cierto. No soy yo quien inventó la idea de que escribir es como soñar, y escribir o soñar son como mentir o delirar: si escribo "salí desnuda a la calle" todos sabrán que es mentira o que es una aburrida metáfora de esas que usan a veces los escritores refiriéndose al hecho de dar a leer sus textos. Pero los locos, los que sueñan y los que escriben se encuentran en muchas encrucijadas en que son hermanos, y participan juntos de la aventura de exponer toda su piel a esa brisa de la tarde en que se paseaba Yahvé por el jardín del Edén buscando a Adán. Si Yahvé iba vestido o desnudo no lo sabemos, ni está bien que dediquemos nuestro pensamiento ocioso a averiguarlo.

En otro terreno, a mí ningún médico me hizo desnudar del todo para examinarme, excepto en las revisaciones previas al uso de la pileta de natación, donde nunca he sabido que se hagan bromas vulgares, como dice Borges en *Emma Zunz*, pero es que el maestro nunca estuvo (no pudo haber estado) en el consultorio de un club donde revisan a las mujeres para darles el carnet de pileta. Hace unos años, sin embargo, una enfermera sí me hizo desnudar en una clínica, antes de llevarme al quirófano para sacarme la vesícula.

–Quítese toda la ropa y póngase esta túnica –me dijo ella, convenientemente gorda.

Reflexioné un segundo y me dije que la gorda tenía razón, era inimaginable que alguien entrara en el quirófano acostado en una camilla con la ropa que traía de la calle, que debía estar llena de bacterias. Con mucho fastidio y sintiéndome más indefensa que una rata me quité toda la ropa y me quedé completamente desnuda delante de la enfermera, que no parecía interesarse para nada en mi cuerpo. Ella me dio una túnica color verde Nilo y yo, viendo que estaba desnuda y a falta de hoja de parra (creo que aquellas no eran de parra sino de higuera), enseguida me puse la túnica al revés y tuve que quitármela y volver a quedar desnuda para ponérmela al derecho.

Los minutos que uno pasa en el quirófano cuando lo van a operar de algo y antes de que los anestésicos empiecen a hacer efecto son asaz horribles. Varias personas con atuendo esterilizado, siempre de color verde Nilo, se ponen a trabajar de inmediato en el cuerpo de uno, que está desnudo debajo de la túnica; manos enguantadas corren la tela de acá para allá sin preocuparse por mantener decentemente cubiertas las partes de marras; conozco la historia de una señora que estaba ya en la mesa de operaciones, con el tórax totalmente descubierto porque le iban a hacer una cirugía de mamas.

Se encontraba perfectamente despierta, esperando la llegada del cirujano al quirófano. El doctor entró acompañado por tres médicos más, y los cuatro se aproximaron a ella. El cirujano la saludó estrechándole la mano, como si se hubieran encontrado por casualidad en la Confitería del Águila, en la esquina de Callao y Santa Fe, cuando El Águila todavía existía.

–¿Qué tal, señora? ¿Cómo anda?

–Bien, doctor –mintió ella, cuando todos sabían que en ese momento hubiera querido estar en un safari en el corazón de África.

–Permítame presentarle a los doctores... –y el cirujano nombró a los tres que lo acompañaban.

Increíblemente la señora debió estrechar cada una de las manos que se tendían hacia ella, así como estaba: desnuda de la cintura para arriba, en un estado de total desvalimiento y dependencia y muerta de miedo. Pero el punto de vista médico nunca será el del paciente, el de un joven desnudo nunca será el de un viejo desnudo, y así por los siglos de los siglos, y nunca dejaremos de hablar de estas cosas, ni de asombrarnos y preguntar algo parecido a lo que preguntó mi nieta Elena, de seis años: "¿Cómo los ojos, que son tan chicos, ven tantas cosas, y cosas tan grandes?" Aparte de que la nena no piensa en la escalofriante hondura de su pregunta, tampoco piensa que los mismos ojos masculinos que ven desnudarse a una mujer joven y hermosa se preguntan qué sentirá ella, conocen también las carnes flojas y arrugadas de los viejos, aunque traten de apartar la mirada:

Yo sé de una buena vieja
Que fue un tiempo rubia y zarca
Y que al presente le cuesta
Harto caro el ver su cara
Porque su bruñida frente
Y sus mejillas se hallan
Más que roquete de obispo
Encogidas y arrugadas.
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
Que se nos va la Pascua!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esto dice Góngora, vivo y joven a través de los siglos. Para el mal entendedor: el roquete del obispo era "una sobrepelliz o vestidura con mangas muy anchas", que tenía muchos pliegues. No sé cómo hemos venido a dar a un tiempo y una moda eclesiástica tan remotos, pero una palabra trae la otra y así es como descansamos un rato de los desnudos de las películas y la televisión.

El cuerpo sin ropa, el envejecimiento y la muerte, ¿no enfriarán al lector ávido de placeres? ¿Quién se ha olvidado de cuando lo hacía en todas partes? ¿Hacía qué? Eso que ustedes saben, y que no puedo nombrar aquí. Me refiero a las noches de verano, de las que habla Antonio Machado:

Tus ojos me recuerdan
las noches de verano...

A menudo pienso que al llegar a cierta edad es una suerte ser escritor y no bailarín o futbolista. ¿A quién le importa cómo está mi cuerpo desnudo y cómo ha resistido los embates del tiempo? Sin embargo, no soy feliz. No me consuelo con la experiencia ganada ni me he vuelto muy sabia; no disfruto de este tiempo como de un nido calentito, ¡oh, castigo de Dios!, nunca tuve tanto trabajo, ni tan exigente.

Sin embargo, al decir de Blas de Otero:

Si he perdido la vida, el tiempo,
todo lo que tiré como un anillo
al agua, si he perdido la voz,
en la maleta me queda la palabra.

En síntesis: en mi vida he viajado por muchos países. He visto mucha gente de distintas razas, de todos los niveles educativos y de distintas condiciones sociales. En mi país, en otros países de América, Europa y Asia. Iban todos vestidos. Es cierto que no visité tribus de las llamadas primitivas en África ni en Nueva Guinea, ni playas nudistas donde tal vez no reinaría el desnudo perfecto porque los nudistas son personas de ideas que leen mucho y seguramente interrumpen su desnudez con los anteojos.

En las representaciones artísticas de los seres humanos, lo mismo que en las fotografías artísticas y en las científicas hay, curiosamente, muchas más personas desnudas que en la realidad. Pero que a veces las personas realmente se desnudan en privado y eventualmente en público, o que nos obligan a desnudarnos, eso sí sucede. Doy fe ■

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Graffiti
PROHIBIDO PROHIBIR

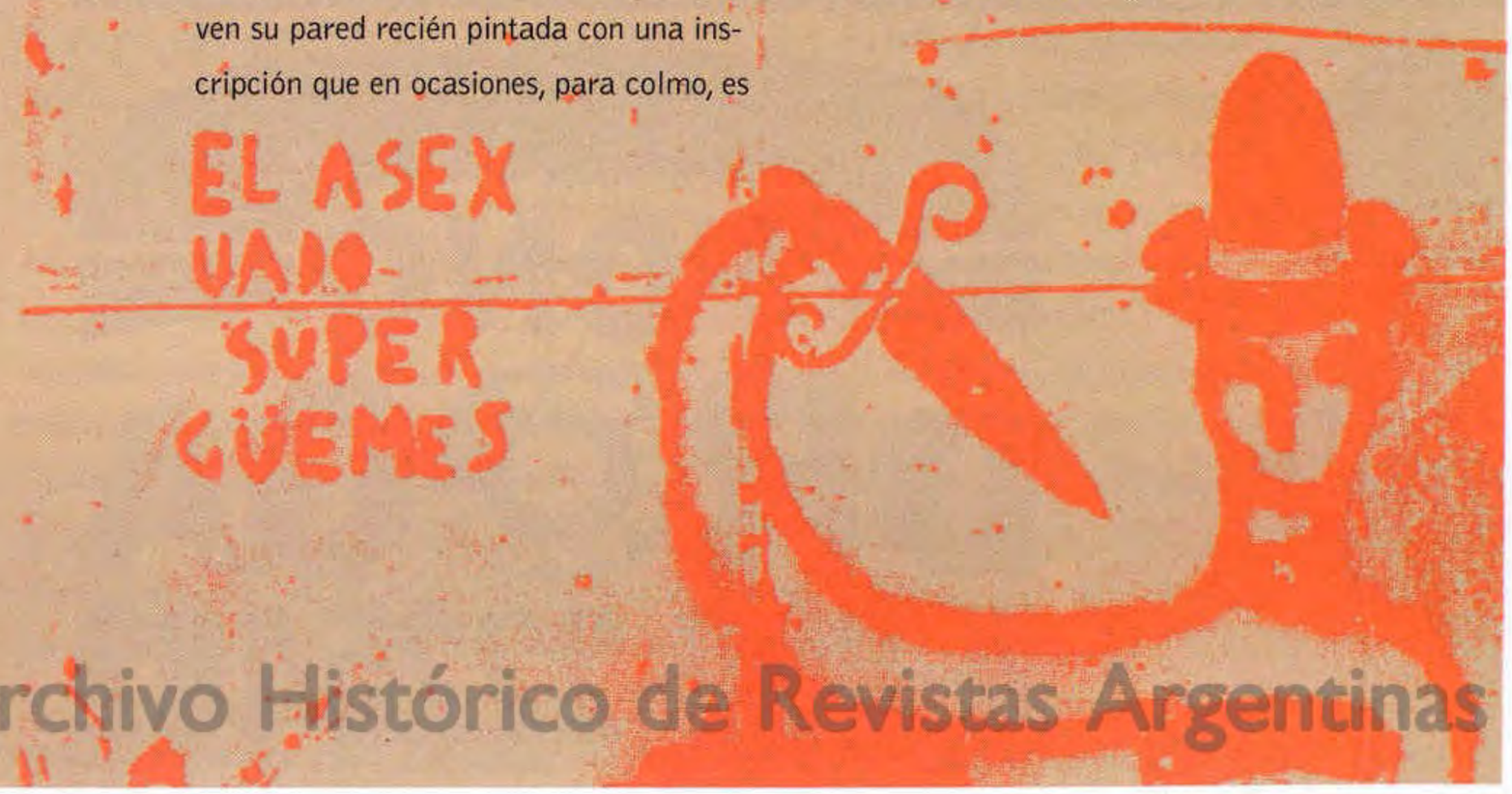
Las paredes, como los graffiti, están en el límite de lo público y lo privado. Sólo que las primeras son como la ropa –guardan para pocos el espacio íntimo de la gente–, mientras que las inscripciones callejeras toman la ciudad por asalto y la desnudan sin permiso. Probablemente el primer mensaje anónimo se escribió en Pompeya, en los alrededores de las fastuosas residencias romanas.



Lejos de allí, los cristianos perseguidos y refugiados en las catacumbas de la Tierra Santa se identificaron con el símbolo de un pez que dejan grabado en las murallas. Pero es en este siglo cuando el graffiti deviene en invasión. Y el Mayo Francés, en 1968, le da el impulso decisivo. Debajo del empedrado está la playa, recordaron los estudiantes insurrectos de París, en las mismas paredes donde pidieron lo imposible.

Ocurrentes, transgresores, escépticos, humorísticos, los graffiti despiertan las más variadas reacciones en la gente. Algunos vecinos se enojan, y con razón, cuando ven su pared recién pintada con una inscripción que en ocasiones, para colmo, es anodina, vacía. Pero en otros casos los peatones leen y se conmueven, por ejemplo, frente a una ardiente declaración de amor o algún resplandor poético. Los graffiteros de hoy tomaron la posta dejada por las pintadas políticas –en franca retirada– y se inclinan más que nada por la expresión pura y exhibicionista de los sentimientos: "L: aunque no sirva para nada, te quiero. M." O también, como se ha visto en una escondida pared de Caballito: "Estela: bienvenida a la yeca otra vez. Las veredas ya extrañaban las caricias de tus pasos".

Con no poca frecuencia, además, las pulsiones más íntimas se vuelcan en las paredes de los baños. Una investigadora uruguaya llegó a coleccionar en Montevideo todo tipo de inscripciones estampadas en los sanitarios femeninos. Recorrer esa Antología del retrete es sumergirse en un mundo de voces furtivas y deseos secretos. No resulta difícil hallar en esas frases chorreantes de vocabulario escatológico un terapéutico afán de liberar ideas y palabras largamente reprimidas por las mujeres durante largos siglos de hipocresía disfrazada de buenas maneras.



Strippers masculinos
¿LIBERACIÓN FEMENINA?

Hace tiempo que el show del desnudo dejó de ser un privilegio de los hombres. Como si se hubiese producido un cambio de roles, ahora también son las mujeres las que van al cabaret con el declarado objetivo de ver cuerpos bellos y bien expuestos. Los efebos, por su parte, se feminizan para complacer a las damas presentes; mueven la pelvis, se quitan la ropa sensualmente, hasta quedar cubiertos apenas con un slip insignificante.

En Buenos Aires ya existen tres sitios exclusivos para mujeres que ofrecen espectáculos de strip-tease masculino. Quienes asistieron a esos shows aseguran que allí reina un clima de desenfreno casi dionisíaco. Durante la noche los strippers hacen varias apariciones con disfraces en función de las diferentes coreografías. Pueden ser yuppies con celular y corbata; militares con uniforme; rockeros severos y ataviados a la manera sadomasoquista. Todos ellos, en algún momento, quedarán casi literalmente en bolas ante la vista anhelante de las damas. Después, las chicas entran al ruedo, bailan con los hombres, los tocan por todas partes y regresan a casa con la fantasía virtualmente realizada.

Las mujeres van en grupo –jamás en soledad, como algunos hombres que van al cabaret–. Y, además, no recortan el cuerpo del varón del mismo modo en que lo hacen ellos cuando observan un cuerpo femenino. Todo parece indicar que a ellas les resulta mucho más difícil gozar de la parte sin el todo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A D E S



Madonna

LA ROPA INTERIOR

Especie de muñeca multimedia de los años noventa, Madonna es también un buen ejemplo de nudismo inalcanzable. Desde **Like a prayer** –su disco estelar y revulsivo de 1989– hasta **Ray of light**, su álbum posmaternidad lanzado diez años después, la cantante ha levantado un imperio de sí misma basado en el exhibicionismo espectacular. Por momentos, incluso uno tiene la sensación de que nada queda por saber sobre su vida, como si ya no hubiese lugar para las fantasías o el misterio. En un documental de otros tiempos (**A la cama con Madonna**) no sólo se la ve en su cuarto jugando al sexo grupal con sus bailarines o simulando una fellatio con una botella, sino también durante una sesión con el dentista o entrando al baño durante una fiesta organizada en Madrid por Almodóvar. Como si fuese virtualmente incapaz de abordar los actos más íntimos de su vida sin asegurarse antes de que hayan sido debidamente registrados por una cámara, esta aprendiz de mujer fatal ha ejercitado a fondo el oficio de mostrar. "Para las mujeres siempre es más duro –explicó una vez a modo de autojustificación–. A los hombres, en cambio, se les permite no reunir todos los estándares convencionales de belleza, y aun así son celebrados."

Sin embargo, todos los intentos que se han hecho para armar una foto fija de la estrella a partir de su perfil de stripper no dieron resultado. Hay algo en ella que escapa del molde y oculta de pronto lo que parecía evidente. La ropa interior de Madonna resiste, a la larga, la vocación voyeur de todas las miradas. Allí donde los fans y el periodismo la querían explosiva y obscena, ella se las ingenió para reinventarse madre y pudorosa. Rápidamente el gran público tuvo que olvidarse del libro **Sex** –donde una foto la muestra afeitando el vello púbico a unos motociclistas con campera de cuero–, del arito en la nariz, de las tetas al aire durante un desfile de Jean Gautier o del famoso diente de oro. Y una vez más, cuando la mayoría de los espectadores pensaban que iban a encontrarse apenas con una mamá dulcificada y arrepentida de un pasado tormentoso, volvieron a toparse con una voz feroz, pasional, rockera en el mejor sentido de la palabra.

Desde que se convirtió en madre –luego de personificar a Evita en el controvertido filme de Alan Parker–, Madonna cambió la desesperación existencial por un estado tal vez más reflexivo. Los últimos reportajes la muestran de algún modo harta de su propia cáscara. "A la larga lo puramente visual es ilusorio –le dijo a la **Rolling Stone** el año pasado–. Desde que nació mi hija, además, siento que el tiempo es fugaz y que ya no quiero desperdiciarlo buscando el color perfecto de mi lápiz labial."

¿Será nada más que una nueva pose para la foto?

Woodstock

JUGUEMOS EN EL BOSQUE

Allí se graduaron, hace treinta largos años, músicos como Joan Baez, Joe Cocker, Neil Young, Jimi Hendrix o la irrepetible Janis Joplin. En Woodstock –más precisamente en Bethel, cincuenta millas más al sur– cerca de medio millón de jóvenes convirtieron ese pueblito en la tercera localidad más habitada del estado de Nueva York. Y todo ocurrió en sólo tres días, entre el 15 y el 17 de agosto de 1969. El festival –un eco inesperado del Mayo Francés– desbordó todos los cauces. Nadie pidió por los micrófonos que los chicos y chicas se sacaran la ropa. Nadie organizó los juegos en el barro, los actos de amor en pleno día.

Ahora, en cambio, la conmemoración del mítico encuentro de paz, amor y rocanrol se convirtió en un recuerdo triste y violento. La lluvia torrencial, como la primera vez, no faltó a la cita. Pero sí se extrañaron los juegos en el barro y las ganas de soplar en el viento fresco. Algunos cincuentones que daban vueltas por ahí se encontraron con que el hito de la rebelión musical y existencial de los 60 se convirtió en un nuevo parque temático del siglo XXI.

Los más jóvenes, mientras tanto, rompían todo con nostalgia del futuro.

Con un porro en una mano y el celular en la otra, los nuevos rockers fueron arriados como ganado hacia un paraíso del marketing y el ocio regulado. La diversión desenfrenada del Woodstock original se convirtió, como no podía ser de otro modo, en un espejo de la época. Rebelándose contra sus espónsores, un vocalista de los Eagles dedicó su tema "a una granja que ya no será nunca la misma". Y Joni Mitchell casi rogó, desde el pasado: "Por favor, regresemos al jardín".



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

revista LATIDO
Casilla de Correo 144, Sucursal 12 (B), 1412 Buenos Aires
e-mail latido@giga.com.ar

Coragem de vocês

Meu nome é Daniel, sou brasileiro e resolvi escrever para vocês porque li o artigo "El Auge De Lo Artificial" e me emocionei muito com todas as palavras. Há duas semanas estive em Buenos Aires visitando uns amigos portenhos. Estava passando em frente a um kiosko e vi um aviso da revista. A sua capa e sua estética um pouco fora do comum me chamaram a atenção e pedi para dar uma lida. Ao ter contato com a revista percebi toda a sua beleza. Não tive dúvida e comprei-a na mesma hora.
Aqui no Brasil não se encontra uma revista como essa, tratando assuntos humanos com sensibilidade e profundidade. Como estudante das ciências da comunicação fiquei impressionado com a coragem de vocês em lançarem uma publicação como esta.
Quanto à reportagem que li, gostaria de colocar minhas reflexões. Penso que este mundo o homem está decepcionando-nos cada vez mais. Aqui no Brasil vivemos um sentimento que pode ser traduzido como uma espécie de "falsa alegria". Esta "falsa alegria" seria o principal plástico que nos reveste. Coloco este termo para definí-la porque esta famosa alegria brasileira expressa principalmente no samba e na dança, na verdade é uma espécie de simulacro do mundo das relações sociais reais. A falsa alegria baseia-se na êxtase do culto ao corpo, valorando o que está intimamente ligado à sexualidade e aos rituais. O melhor exemplo deste plástico seria o carnaval. Enquanto festa popular, o carnaval reúne todas as pessoas para celebrar um "nada" com objetivo algum. São quatro dias de pessoas ficando alcolizadas todo o tempo, onde os relacionamentos atingem a efemeridade máxima capaz dos homens. Não que não goste de carnaval, mas é como as pessoas dos cafés da moda: travestem-se de outras pessoas e encarnam um mundo surreal de fantasia. Após o carnaval é comum as pessoas sentirem-se vazias, como se estivessem acordando do sonho. Desculpe o e-mail extenso e gostaria de desejar muita sorte e força de vontade para todos vocês. E quem sabe um dia possamos ter aqui uma Latido em português?
Um abraço.

DANIEL ARTHUR MACHADO, BELO HORIZONTE
dandiniz@globalsite.com.br

No por casualidad

Inmigración: una palabra que he escuchado cientos de veces, escrito otras tantas y sentido que es parte de mi ser a cada momento. Soy descendiente de inmigrantes, más precisamente hijo de un italiano llegado a estas tierras el 21 de abril de 1954, a la edad de catorce años. Mi nonno había llegado seis años antes con el fin de construir un hogar, para luego sí llamar a su familia. Habían quedado en Bivongi su mujer y sus cinco hijos, la más chica de sólo seis meses, a los que mantendría desde la distancia hasta el reencuentro. A partir de entonces, nuestra historia es la historia de los que vinieron a "hacerse la América", de los desarraigados, de los tanos en la Argentina y americani en Italia. Por ello, cuando vi en un quiosco de revistas de la avenida Santa Fe el número tres de Latido, instintivamente lo tomé. Era parte de mí, y no por casualidad. Acababa de reunirme en Paraná con los organizadores del IX Congreso de la Juventud Italo Argentina, en el marco de la 1ª Semana Nacional Italo Argentina. Y estaba haciendo tiempo para ir a una exposición que me ofrecería oportunidades para estudiar en el extranjero, es decir, para ser un inmigrante. Y entonces pensé que ésta no es sólo mi historia, sino la de todos aquellos "migrantes del tiempo", según decía la antropóloga Margaret Mead. Y me sentí argentino, porque al fin y al cabo, yo también soy un inmigrante....

FEDERICO PISANO
fpisano@netverk.com.ar

Cocoliche

Fotos, historias, personas, genes. La genealogía: serie de los ascendentes de cada individuo, ciencia que se ocupa de investigar los sucesos generados por personajes lejanos, la raíz. La llegada y la partida de seres en busca de un futuro propio a elección. La Argentina, el destino final de muchos. Idiosincrasia artificial, conformada a través de miles y millones de personas venidas con sueños y con diferentes estilos de vida. Sentimientos. Experiencias que deben ser contadas y archivadas para quienes quieran saber de dónde venimos y hacia dónde vamos. Globalización, siempre existió. Intercambio, unión. Riqueza cultural, famosa frase hecha "crisol de razas", menjunje, cocoliche diría yo. Me fascina el intercambio cultural, aquí y ahora. Por siempre unidos, inevitable.

LUCIANO LORENZUTTI
lorenzut_ti@hotmail.com

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Queremos conocer tus opiniones sobre la revista. Y que nos cuentes experiencias vinculadas con los temas que publicamos. Animate. Escribinos.

En un vagón

A los periodistas, fotógrafos, escritores, compaginadores, editores y a todos quienes hacen posible este milagro entre papeles que es Latido, les quiero decir que el número sobre "Inmigrantes" es el segundo que leo de la revista. La primera vez lo hice en una AM/PM de una estación de servicio llena de taxistas; la última, en un poco cómodo pero apartado y silencioso recoveco de un tren. En el extremo de los vagones amarillos de TBA hay todavía algunos cuartos en los cuales hay una gran rueda que calculo servirá para juntar o separar los vagones. Son los mejores lugares para leer algo tranquilo. Otra vez, ustedes me han sorprendido. Me cuesta soportar la espera de mi hora de almuerzo para poder seguir leyendo el manantial de información bien redactada, cargada sutilmente del estigma que deja cada autor. No quiero adularlos pero me gusta poder leer algo que escape aunque sea en 66 páginas de lo frívolo, de las modelos y sus managers, de las viejas plásticas vedettes y los políticos aburridos.

ALEJANDRO CABRAL
cabrala@advance.com.ar

Movimiento

Queridos seres sentipensantes: tengo 17 años. La revista me llega, me revuelve mi cerebro, mueve zonas nuevas. Mastico ideas durante varios días. Lato con sentido.

ROCÍO AROZARENA
guiomar1@infovia.com.ar

Cinco pesos

Tengo los tres números de la revista y son los $ 5 mejor gastados por mes. Gracias.

RICARDO GISINGER
ricardog@softhome.net

Para otra vez

Gracias a todos los que mandaron cartas o mails, y perdón por no tener más espacio para publicar sus comentarios. Entre los textos que recibimos, recordamos los de Juliana Fortini, Emilce Santos, Martín Maydana, Mariela Novas, Haydeé Santos, Hernán Zenteno, Cynthia Gerlinger, Raúl Artola, Mariana Marcello, Marta Romano y Débora Bottwin.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



JOHN CHEEVER MOSTRAR EL DETRÁS DE LA APARIENCIA QUE ESCONDEN LOS ESTADOUNIDENSES RESULTA EL ELEMENTO DISTINTIVO DE JOHN CHEEVER. UNA DE SUS PECULIARIDADES ES CENTRARSE EN UN EVENTO Y MANTENER ALLÍ EL EJE DEL RELATO. QUIZÁ POR ESTA HABILIDAD RESULTA MÁS CONOCIDO POR SUS CUENTOS QUE POR SUS NOVELAS. ESTE ESCRITOR, QUE NACIÓ EN MASSACHUSETTS EN 1912 Y MURIÓ A LOS 70 AÑOS EN EL VECINO NEW YORK, PUBLICÓ "LA CUARTA ALARMA" EN 1970. EL AÑO PASADO, ESTE TEXTO FUE COMPILADO POR EMECÉ EN UNA EDICIÓN –"LA GEOMETRÍA DEL AMOR"–, QUE INCLUYE VARIOS DE SUS CUENTOS CORTOS ESCRITOS PARA REVISTAS COMO ESQUIRE Y THE NEW YORKER.

LA CUARTA ALARMA

ME SIENTO AL SOL A BEBER GIN. Son las diez de la mañana. Domingo. La señora Uxbridge está por allí, con los niños. La señora Uxbridge se encarga de la casa. Cocina y cuida de Peter y Louise.

Estamos en otoño. Las hojas cambiaron de color. No hay viento esta mañana, pero las hojas caen por centenares. Creo que si uno quiere ver algo –una hoja o una mata de pasto– tiene que conocer el perfil del amor. La señora Uxbridge tiene sesenta y tres años, mi esposa no está, y la señora Smithsonian (que vive en el otro extremo de la ciudad) rara vez está de humor estos días, de modo que tengo la impresión de que no alcanzo a percibir una parte de la mañana, como si el momento tuviese un umbral o una serie de umbrales, y ya no pudiera franquearlos. Jugar entre dos a la pelota podría ser eficaz, pero Peter es demasiado pequeño y el único vecino a quien interesa el juego asiste a la iglesia.

Mi esposa Bertha llegará el lunes. Abandona la ciudad el lunes y regresa el martes. Bertha es una hermosa joven con una figura espléndida. Creo que tiene los ojos un poco juntos, y a veces se muestra irritable. Cuando los niños eran pequeños los disciplinaba con cierta crueldad. –Si no comes el lindo desayuno que mami te preparó antes de que cuente tres –decía– volverás a la cama. Uno. Dos. *Tres*... –La oigo nuevamente al almuerzo. –Si no comes el lindo almuerzo que mami te preparó antes de que cuente tres, irás a la cama sin cenar. Uno. Dos. Tres... –Y de nuevo: –Si no recoges tus juguetes antes de que mami cuente tres, mami te los quitará para siempre. Uno. Dos. Tres... –Y así sucesivamente, cuando llegaba la hora de bañarse y acostarse, y uno dos tres era su canción de cuna. A veces creía que había aprendido a contar cuando



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era pequeña, y que cuando llegase al fin amenazaría con esa cuenta al Angel de la Muerte. Si ustedes me disculpan, beberé otra copa de gin.

Cuando los niños tuvieron edad suficiente para asistir a la escuela, Bertha consiguió empleo –enseñó ciencias sociales a los alumnos de sexto grado–. Así estaba ocupada y se sentía feliz, y decía que siempre había deseado ser maestra. Tenía reputación de persona estricta. Vestía prendas oscuras, se peinaba con sencillez y exigía a sus alumnos que mostrasen contracción y obediencia. Con el fin de distraerse, se incorporó a un grupo teatral de aficionados. Representó a la criada en *Angel Street* y a la vieja arpía en *Desmonds Acres*. Los amigos a quienes conoció en el teatro eran todas personas agradables, y me satisfacía llevarla a las reuniones con esa gente. Es importante saber que Bertha no bebe. Acepta cortésmente un Dubbonnet, pero no le agrada beber.

Sus amigos del teatro le informaron que estaba preparándose el elenco de una obra nudista llamada *Ozamanides II*. Ella me relató esto y lo que siguió. Su contrato con la escuela autorizaba diez días de licencia por enfermedad, y con aviso de enferma un día ella fue a Nueva York. El elenco de *Ozamanides* estaba formándose en la oficina de un productor del suburbio, y allí Bertha descubrió una fila de cien o más hombres y mujeres que esperaban ser entrevistados. De un bolsillo extrajo una factura impaga, agitándola como si hubiera sido una carta avanzó hacia el comienzo de la fila, mientras decía: –Discúlpenme, por favor, discúlpenme, tengo una entrevista... –Nadie protestó, y poco después Bertha estaba al principio de la fila, donde una secretaria anotó su nombre, el número de la Seguridad Social, etcétera. Le ordenaron que entrara en un cubículo y se desvistiese. Después, pasó a una oficina, donde había cuatro hombres. En vista de las circunstancias, la entrevista fue muy circunspecta. Le explicaron que tenía que actuar desnuda durante toda la representación. Durante la obra tenía que simular o ejecutar dos veces la cópula, y participar en una orgía amorosa ge-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

neral que incluía al público.

Recuerdo la noche en que me dijo todo esto. Fue en nuestra sala. Los niños estaban acostados. Se sentía muy feliz. De eso, no cabía la menor duda.

–Allí estaba, desnuda –dijo–, pero no sentía la más mínima molestia. Lo único que me preocupaba era que podía ensuciarme los pies. Era un ambiente antiguo, con programas de teatro enmarcados que colgaban de la pared, y una gran fotografía de Ethel Barrymore. Me senté desnuda frente a los desconocidos, y por primera vez en mi vida descubrí que era yo misma. Sentí mi personalidad en la desnudez. Me sentí una mujer nueva, y mejor. Estaba desnuda y no sentir vergüenza frente a extraños fue una de las experiencias más excitantes que tuve jamás...

No supe qué hacer. Hoy, domingo por la mañana, aún no sé qué debería haber hecho. Supongo que hubiera tenido que golpearla. Le dije que no podía hacerlo. Contestó que yo no podía impedirlo. Mencioné a los niños, y replicó que esa experiencia haría de ella una madre mejor.

–Cuando me quité la ropa –dijo–, sentí que me había separado de todo lo que es mezquino y pequeño. –Después, le dije que jamás le darían el papel a causa de la cicatriz de apendicitis. Pocos minutos después llamó el teléfono. Era el productor, para ofrecerle un papel.

–Oh, qué feliz me siento –dijo Bertha–. Oh, qué maravilloso, qué fecunda y misteriosa puede ser la vida cuando uno puede dejar de representar los papeles que los padres y sus amigos escribieron para una. Siento que soy una exploradora.



Todavía me siento confundido cuando pienso si lo que hice entonces, o más bien lo que no hice, estuvo bien. Canceló su contrato con la escuela, se unió a la compañía Equity y comenzó los ensayos. Apenas se estrenó *Ozamanides* empleó a la señora Uxbridge y alquiló un departamento cerca del teatro. Inicié los trámites del divorcio. Ella dijo que no veía motivo para divorciarse. El adulterio y la crueldad son causales bien definidas, pero, ¿qué puede hacer un hombre cuando su esposa quiere aparecer desnuda en la escena? Cuando yo era más joven había conocido a varias muchachas del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

varieté, y algunas estaban casadas y tenían hijos. Sin embargo, hacían lo que Bertha se proponía hacer solamente durante la representación del sábado a medianoche; y además, recuerdo que los maridos eran comediantes de tercera categoría, y que los niños siempre parecían tener hambre.

Un día o dos después fui a consultar a un abogado especialista en divorcios. Dijo que mi única esperanza era una separación por mutuo acuerdo. En el estado de Nueva York el divorcio con el argumento de la carnalidad simulada en público carece de precedentes, y ningún abogado acepta un caso de divorcio sin precedentes. La mayoría de mis amigos mostró bastante tacto en relación con la nueva vida de Bertha. Imagino que la mayoría iba a verla. Pero yo me demoré un mes o más. Los billetes eran caros, y bastante difícil conseguirlos. Nevaba la noche que fui al teatro, o lo que había sido un teatro. Habían demolido el arco del proscenio, el escenario era una colección de neumáticos usados, y los únicos elementos conocidos eran las butacas y los corredores. El público de los teatros siempre me ha confundido. Supongo que ello responde al hecho de que uno encuentra una incomprensible diversidad de tipos reunidos en lo que era un ambiente interior esencialmente doméstico y terriblemente recargado. Esa noche había individuos de todas las categorías. Cuando entré estaban tocando música de rock. Era esa clase de rock ensordecedor y anticuado que solían tocar en lugares como Arthur. A las ocho y media se atenuaron las luces de la sala, y el elenco –formado por catorce personas– descendió por los corredores. En efecto, excepto Ozamanides, que tenía puesta una corona, todos estaban desnudos.

No puedo describir la representación. Ozamanides tenía dos hijos, y creo que los asesinó, pero de eso no estoy muy seguro. El sexo incluía a todo el mundo. Los hombres y las mujeres se abrazaban y Ozamanides abrazaba a varios hombres. En cierto momento un desconocido, que ocupaba la butaca de mi derecha, apoyó la mano sobre mi rodilla. No deseaba reprocharle una condición humana, ni tampoco quería alentarlo. Aparté su mano y sentí una profunda nostalgia de los cines inocentes de mi niñez. En el pueblito don-

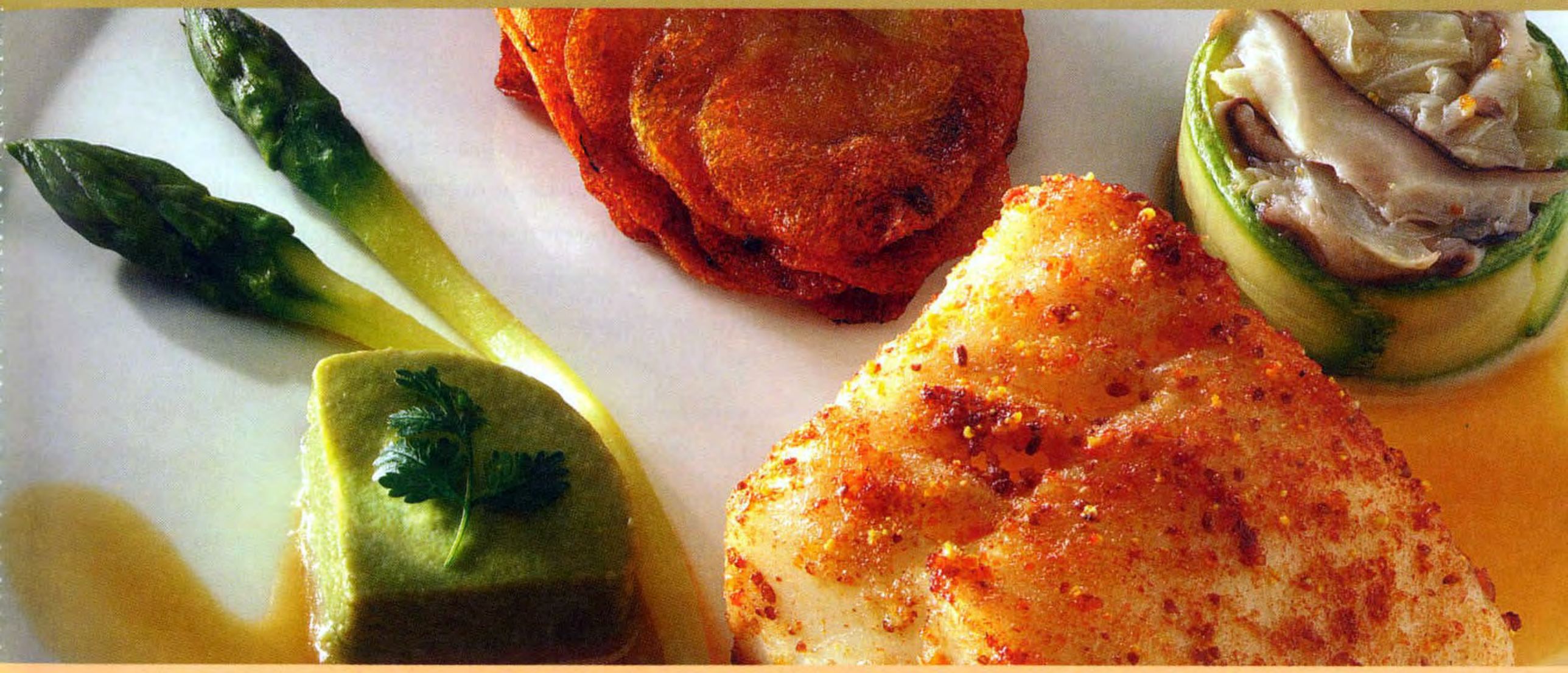
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de yo me crié había uno –el Alhambra. Mi filme favorito se llamaba *La Cuarta Alarma*. Lo vi por primera vez un martes, después de clase, y me quedé para ver la función nocturna. Mis padres se inquietaron cuando no volví a cenar, y me reprendieron. El miércoles falté a clase y vi dos funciones, pero regresé a tiempo para cenar. Fui a la escuela el jueves, pero apenas salí me dirigí al cine, y vi parte de la función nocturna. Mis padres seguramente llamaron a la policía, porque un patrullero fue al cine y me obligó a volver a casa. El viernes me prohibieron ir al cine, pero vi todas las funciones del sábado, y ese sábado retiraban el filme. La obra trataba el tema de la sustitución de las autobombas de tracción a sangre por los automóviles. Se describía la situación de cuatro compañías de bomberos. Tres tiros de caballos habían sido reemplazados por los motores, y los miserables animales habían sido vendidos a seres brutales. Se mantenía un tiro, pero sus días estaban contados. Los hombres y los caballos se sentían tristes. De pronto, estallaba un gran incendio. Uno veía cómo la primera autobomba, y la segunda y la tercera acudían veloces al lugar de la conflagración. Reinaba una atmósfera sombría en el grupo de bomberos que aún tenía caballos. Y entonces, sonaba la cuarta alarma –era la señal– y todos entraban en acción, uncían los caballos, y galopando atravesaban la ciudad. Apagaban el fuego, salvaban a la ciudad y el alcalde los amnistiaba. Ahora, en escena, Ozamanides estaba escribiendo algo obsceno en el trasero de mi mujer.

–¿Quizá la desnudez, su emoción, habían destruido su sentido de la nostalgia? A pesar de sus ojos demasiado juntos, la nostalgia era uno de sus encantos principales. Uno de sus dones era la capacidad de traducir con elegancia a otro tiempo el recuerdo de cierta experiencia. ¿Quizá, montada en público por un extraño desnudo, recordaba alguno de los lugares donde habíamos hecho el amor... las casas alquiladas a la orilla del mar, donde uno oía en los sonidos de una lluvia estival las promesas prehistóricas del amor, la paz y la belleza? ¿Tal vez yo debía ponerme de pie en el teatro, y gritarle que volviese, que volviese, que volviese en nombre del amor, el humor y la serenidad? Pensé que era tan grato volver en automóvil a casa des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOLA CATERING:
"LA FIESTA" DENTRO DE LA FIESTA.



Porque es sinónimo de excelente cocina, de atención personalizada y de una auténtica pasión por el cuidado de los detalles, LOLA Catering es la clave para convertir en realidad la fiesta que soñó. Permítanos trasladar a su fiesta toda la experiencia y el prestigio de nuestro restaurante para agasajar y servir a usted y sus invitados como realmente lo merecen.

Llámenos y será asesorado por nuestro personal especializado, que a través de una organización integral, le brindará soluciones a medida para que empiece a disfrutar desde los preparativos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MasterCard

INFORMES 4804-5959

Lola
Catering
Con placer, con gusto.

pués de una reunión, atravesando el terreno cubierto de nieve. La nieve cruzaba los haces de luz de los faros, y nos parecía que avanzábamos a cien millas por hora. Era muy grato volver en auto a casa, bajo la nieve, después de una fiesta. Finalmente, el elenco se alineó y nos exhortó –de hecho, nos apremió– a que nos desvistiésemos y nos uniéramos a ellos.

Aparentemente, era mi deber. Si no lo hacía, ¿cómo podía llegar a comprender a Bertha? Siempre fui muy rápido para desnudarme. Lo hice. Pero había un problema. ¿Qué hacía con mi billetera, el reloj pulsera y las llaves del auto? No era seguro dejarlos con mis ropas. De modo que, desnudo, comencé a descender por el pasillo con mis objetos de valor en la mano derecha. Cuando ya casi estaba en el lugar de la acción, un joven desnudo me detuvo y gritó –canturreó–:

–Deje sus valores. Los valores son impuros.

–Pero es mi billetera, y el reloj, y las llaves del auto –dije.

–Deje sus valores –canturreó.

–Pero desde la estación voy en auto a mi casa –dije–, y tengo sesenta o setenta dólares en efectivo.

–Deje sus valores.

–No puedo, de veras no puedo. Tengo que comer y beber y volver a casa.

–Deje sus valores.

Entonces, uno por uno todos, incluso Bertha, repitieron el encantamiento. Todo el elenco comenzó a canturrear:

–Deje sus valores, deje sus valores.

El sentimiento de que no se me quiere siempre provocó mi más profundo dolor. Imagino que un clínico tendrá alguna explicación. La sensación se repite en ecos y parece agregarse como el último eslabón de una cadena formada por experiencias todas análogas. Los miembros del elenco formaban un coro de voces sonoras y desdeñosas, y allí estaba yo, completamente desnudo, en un lugar de la ciudad, indeseado, recordando mis fracasos en los encuentros de fútbol, las peleas perdidas, el desprecio de los desconocidos, el sonido de la risa que me llegaba a través de las puertas cerradas. En la mano derecha tenía mis

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

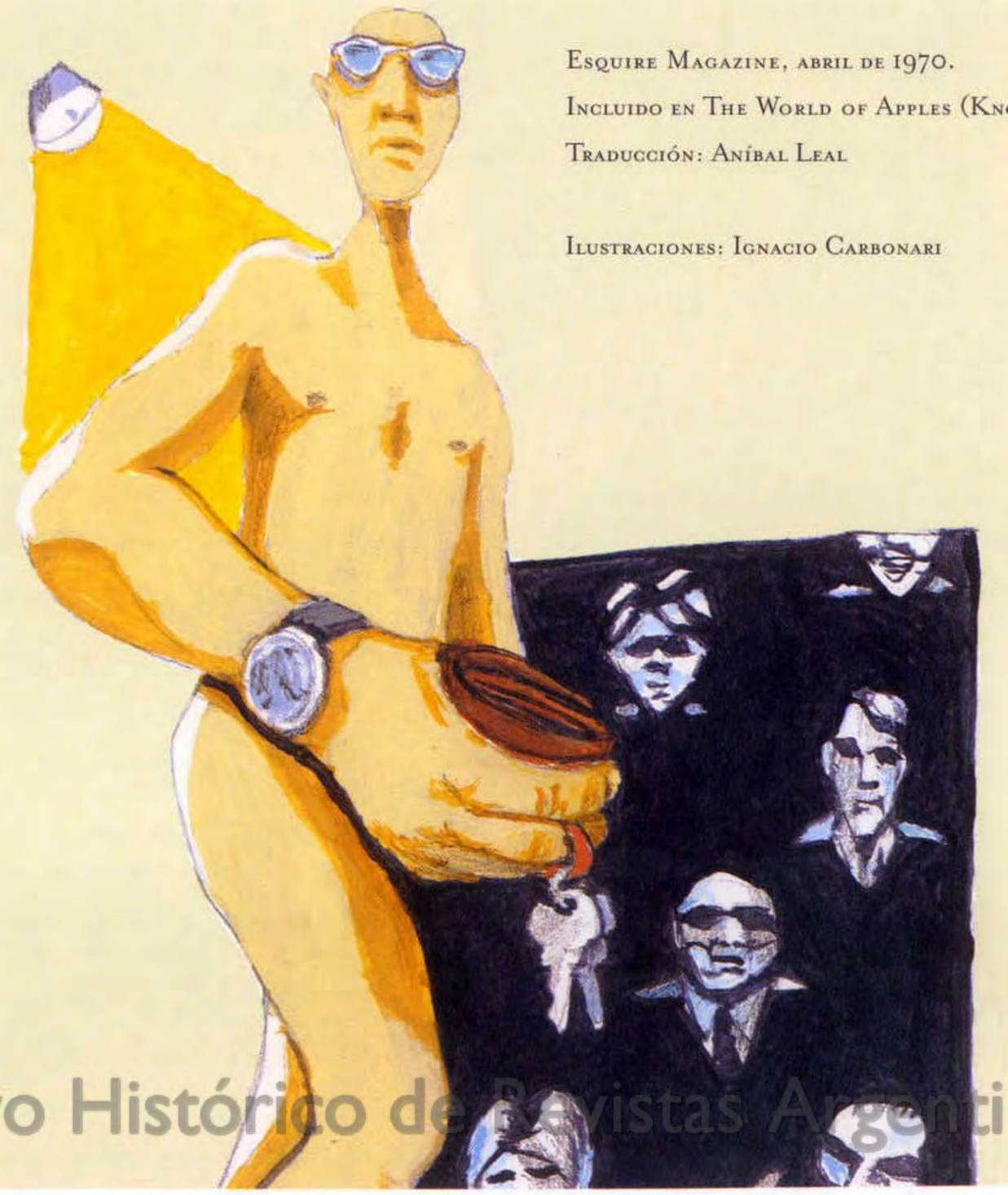
objetos de valor, mi identificación literal. Nada de todo eso era irreemplazable, pero me parecía que abandonarlo amenazaba mi esencia, la sombra de mí mismo que podía ver reflejada en el piso, mi nombre.

Mientras caminaba hacia la salida por el pasillo en pendiente del ruinoso teatro tuve intensas reminiscencias. Había remontado la misma pendiente suave después de *El rey Lear* y *El huerto de los cerezos*.

Salí a la calle.

Todavía nevaba. Parecía una ventisca. Un taxi estaba atascado frente al teatro, y entonces recordé que yo tenía neumáticos para andar sobre la nieve. La idea me infundió un sentimiento de seguridad y efi-

cacia que habría repugnado a Ozamanides y su séquito desnudo; pero pensé que no habría mostrado mis inhibiciones, sino descubierto una parte maravillosamente práctica y sólida de mí mismo. El viento me arrojó nieve en la cara, y así, cantando y agitando las llaves del automóvil, fui a tomar el tren.



Esquire Magazine, abril de 1970.
Incluido en The World of Apples (Knopf, 1973)
Traducción: Aníbal Leal

Ilustraciones: Ignacio Carbonari

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El próximo número de Latido habla de la soledad.

Soledad." *La vida en singular". De eso trata Latido de Noviembre. De aislarse. De no poder compartir. De los momentos en que estamos acompañados, pero sin estarlo. El escritor Pablo De Santis expone distintas situaciones de la soledad, habla de la vergüenza de quienes la viven y responde por qué a veces está mal vista. María Moreno descubre la soledad como musa inspiradora de artistas y define esta utopía de aislarse para crear. Además, Camilo Sánchez cuenta cómo la soledad es utilizada como forma de castigo: el calabozo, el exilio y el sufrimiento. Como siempre: las frases que se han dicho, los libros que cuentan, las películas que muestran, las curiosidades y un cuento sobre la soledad. Vas a creer que la estás leyendo solo, pero miles de personas la van a compartir con vos.*

LATIDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sólo arte, sólo espectáculos. Durante las 24 horas.

Un espacio para conocer todo lo que ocurre en el país y en el mundo en materia de cine, teatro, artes visuales, recitales, conciertos, literatura, moda, danza, ópera, documentales y ciclos especiales.

ENTERARTE
Todos los días 20 hs.

AUTOBIOGRAFÍAS
Martes 24 hs.

EL ESPECIAL DE LA SEMANA
Martes 23 hs.

AUTOCINE
Miércoles 24 hs.

LETRA Y MÚSICA
Todos los días 0:30 hs.

HISTORIAS DE VIDA
Viernes 23 hs.

PERFILES
Jueves 23 hs.

EL FANTASMA
Martes 22 hs.

HOLOGRAMA
Miércoles 22 hs.

AMORES
Lunes 22:30 hs.

DETRÁS DE ESCENA
Lunes 23 hs.

EL BANQUETE TELEMÁTICO
Lunes 24 hs.

ZONA CENTRO
Martes 20:30 hs.

DNI 99
Miércoles 18:30 hs.

ENSAYOS DEL TIEMPO
Lunes 21:30 hs.

ABADI.COM
Lunes 22 hs.

GRAFONAUTA
Jueves 24 hs.

ASTROLABIO
Martes 21 hs.

EL SAN MARTÍN
Miércoles 20:30 hs.

LOS SIETE LOCOS
Jueves 22 hs.

TESTIMONIOS
Viernes 22 hs.

ÓPERA
Sábado 22 hs.

BELLAS ARTES
Martes 21:30 hs.

AGENDA URBANA
Sábado 20 hs.

ESPACIO TEATRO COLON
Sábado 21:30 hs.

LA LIBRERÍA EN SU CASA
Lunes 20:30 hs.

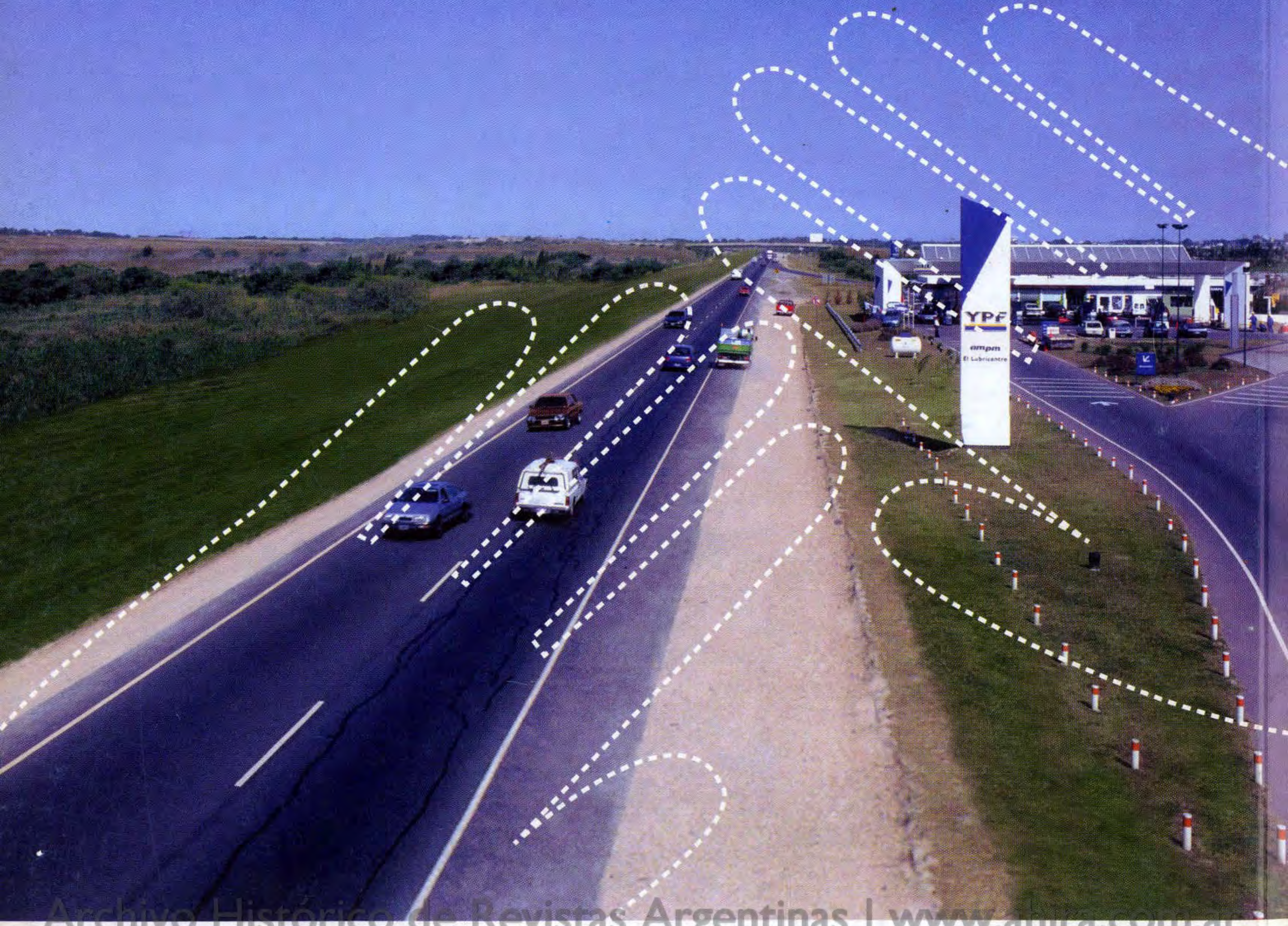
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SOLICITE ESTA SEÑAL A SU OPERADOR DE CABLE

CANAL (á)
24 HORAS DE ARTE Y ESPECTACULOS

PRAGMA/FCB

Apoye sus manos.
Así, podrá ver el funcionamiento de un país sin petróleo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

YPF